

# La Pluma

AÑO II.

MADRID, OCTUBRE 1921

NÚM. 17.

## LA HIJA DE CAROLÍ



LA fábrica del señor Bañolas era tenida por la más importante de la comarca. A la hora del cierre salía por sus puertas un verdadero río humano que se repartía en arroyuelos y canales por caminos, prados y atajos hacia el pueblo vecino y los quinteros derramados en las cercanías.

Distaba la fábrica siete minutos escasos del pueblo, del que puede decirse que era el principal nutricio, ya que se había apoderado de todos los brazos útiles, para ganarse en ella el pan más asegurada y regaladamente que roturando la tierra; porque la agricultura, practicada como en tiempo de los romanos y por labradores pobres y atrasados, era, aparte de la fábrica, el único elemento de vida de la comarca.

La fábrica mantenía a sus expensas, y para servicio de los obreros, médico, farmacia (regentada por un practicante competente), casino y cooperativa abundantemente provista de toda suerte de artículos. A causa de su mucha proximidad al pueblo, no se había hecho la fábrica núcleo central de la colonia, y por ello todos sus empleados, a excepción del subdirector o capataz de cuadras y el portero, residían en el pueblo, y por no preocupar ni arruinar al señor rector se tenía generalmente cerrada la capilla aneja al caserón de los señores, y por no matar igualmente de hambre a los maestros públicos, los Bañolas habían construido y regalado al Municipio escuelas de nueva planta y habían adjuntado a los ti-

tulares con pretexto de aligerarles el trabajo, pero en realidad para dirigirles y habituarles más a la moderna, los profesores que les habían parecido convenientes.

Cerca de la fábrica, pues, no se veían más edificios que la casa de los señores y algunas dependencias secundarias, entre las que sobresalía una hijuela de la farmacia del pueblo, donde se practicaban las primeras curas en caso de accidente, el *chalet* del capataz, aislado a cosa de un tiro, y la casita de Carolí, un labrador que había dejado el arado y los bueyes para dedicarse a la compraventa de maderas.

Carolí tenía madre, esposa y una niña. La madre cuidaba de la casa; la esposa, que había sido *fabricanta* y tenía apego a su oficio, seguía yendo a la fábrica, aun cuando no lo necesitaba; y la niña, así que salió de la escuela, y a pesar de la esperanza de que sería un buen partido, fué destinada también a la fábrica.

La casita de Carolí, regalada con un huertecillo ameno, estaba situada precisamente al otro lado de la gran huerta de los señores y separada de ella por un estrecho senderuelo divisorio. Así, madre e hija, al salir de la fábrica no lo hacían por el gran portalón oficial, como el alud de los trabajadores, sino que, por venirles más a mano, atravesaban el patio central, la huerta grande, y por la puertecilla forana entraban en el huertecillo y en su casa. Solía acontecer que, al atravesar el patio, la dueña, doña Mencía, llamaba desde el balcón del comedor:

—¡Trinidad!

—¡Señora!

—Haz el favor de subir, que tengo que darte un recado.

Porque los Carolí, de padres a hijos habían sido muy familiares en la casa Bañolas.

La madre de Carolí, que en su juventud sirvió en Barcelona y entendía en el arreglo de una casa, dirigía los baldeos en la de los señores y ayudaba a doña Mencía a condimentar confituras y golosinas, a cepillar y guardar la ropa de invierno, a colgar y descolgar cortinas y a las jugosas tareas que trae consigo la matanza del cerdo... Por su parte, la nueva, que, contrariamente a la mayoría de las obreras de la fábrica, era muy diestra en la costura y algo iniciada en el corte y bordado, repasaba las coladas, marcaba tohallas y pañuelos y confeccionaba los delantales de Pascualillo, jefe futuro de la casa Bañolas; y hasta el propio Carolí, si había podido dar las tierras a jornal y emprender el negocio de las maderas, lo debía a los dispendios de don Pascual, que le había librado de la quinta y dado la mano en toda ocasión.

La hija de Carolí, Nieves, y el señorito, se llevaban dos años de diferencia, y ya desde pequeños habían estado juntos, no sólo en las horas

de los juegos y correrías, sino durante muchas comidas, y aun a veces hasta en la cama. Porque, así como Nieves era una niña robusta, cabal, de rostro encendido, sonriente y con apetito insaciable, Pascualillo era flacucho, melindroso, añoradizo y desganado, y, como era hijo único y la madre temblaba al sólo pensamiento de que se le pudiese morir, todo se lo consentía.

—Trinidad—solía decir a la otra madre—: dí a la niña que suba; veamos si viéndola comer a ella, nuestro posturillas traga alguna cosa...

También algunas veces, al atardecer, enviaba alguna muchacha a casa de Carolí con el mandado de que no esperasen a Nieves, porque el niño tenía miedo del *coco* y quería que se quedase a dormir con él.

Aquella estrecha intimidad de la primera infancia se fué prolongando, con los cambios naturales, hasta que Pascualillo cumplió nueve años y sus padres le enviaron a Barcelona, a casa de sus abuelos, para que empezase los estudios. Con todo, la separación fué breve, porque el niño sintió una nostalgia tan grande que enfermó de palpitaciones y tuvieron que volverle a la fábrica por una larga temporada.

Llegó cerca del mediodía, y después del alubión de las maternales caricias huyó locamente hacia la huerta a esperar a su amiguita. Cuando la vió saltar la cerca, con el cestillo al brazo, de regreso de la escuela, se escondió detrás del macizo de cipreses para darle un susto. Estaba pálido de emoción y en el pecho le aleteaba el corazón como pajarillo recién metido en la jaula. En cambio ella se acercaba del todo confiadita, colorada como una manzana de San Juan, un viejo pañuelo de lana arrollado al cuello y un rizo de cabello sobre la ceja enhiesta. Al pasar la palanca del reguero se detuvo a un lado; un desmoche había dejado escapar el agua, que allí formaba siempre un embalse encharcado, donde crecían líquenes y se paseaban a empellones los tejedores de los riegos y hasta en ciertas épocas cantaba una rana. Nieves se inclinó y después se arrodilló sobre la palanca. Pascualillo le adivinó en seguida la intención: con la manita hundida en el agua y los dedos encorvados tender un lazo a los tejedores asustadizos, de largas patas filamentosas... Precisamente aquello era lo que hacían cada día los dos juntos antes de que él marchase a Barcelona...

El niño no pudo contenerse y salió de su escondrijo. Nieves oyó ruido y volvió la cabeza. Al ver a su compañerito, de pronto quedó inmóvil, como hechizada, pero reaccionó en seguida, y levantándose de rondón—con riesgo de que cayese al agua el *primer libro*, que se balanceó al extremo de la palanca—corrió hacia él alocada. Se abrazaron estrechamente, y Pascualillo, que era de natural estremoso y efusivo, le llenó a voleo, como un sembrador enloquecido, toda la cara de sonoros besos.

## LA PLUMA

—¿Cuándo has venido...? ¿Por qué has venido...? ¿Qué aprendías...? Yo ya he pasado todos los *carteles* y *el que es hablar*... y ahora hago un encaje para una almohada...

—Y yo me añoraba... Figúrate... Los abuelos viven arriba, muy arriba, más arriba que el desván de casa; hay que subir y bajar cada día más de treinta escalones. El médico dijo que me cansaba demasiado y que me sacasen de Barceloná, y yo, cada vez que él venía, suspiraba con más fuerza para que me sacasen más pronto...

Ella le miró, pasmada, con los ojos muy abiertos...

—¿No te gustaba vivir en Barcelona?

—No...; Es una casa oscura... Para que al jilguero le dé el sol han de sacarlo al balcón... Y el abuelo siempre duerme y los lentes le caen sobre el diario... Y la abuela siempre grita con la muchacha... Y la muchacha es sucia: cuando ha de probar el guiso sorbe de la cuchara, y cuando me entra la leche lleva las manos untadas y se las friega con el delantal... Ya ves... Y las manos de la abuela son frías, y cuando se las beso ella me da un golpe en los labios, así como quien no quiere... Pero sí que quiere, ¿sabes? Y como es tan flaca me hace daño... Ya ves...

Y, feliz con la libertad, la claridad y la compañía recobradas, el niño olvidó pronto la pesadilla y el corazoncito atolondrado moderó por sí mismo su ritmo... hasta que, en la siguiente temporada, fué de nuevo recluído en casa de los abuelos, y ya sin contemplaciones retenido hasta final de curso para volver todavía más goloso de los besos de la amiga, de deambular por la huerta, de revolcarse por los pajares de casa Carolí, de partir en dos las lagartijas y de azuzar a la rana de la alberca...

No hay que decir que Pascualillo y Nieves se quisieron pronto con amor distinto del amor camaraderil de la niñez. A cada regreso, la interrumpida intimidad se anudaba con motivo distinto y gusto más sabroso.

Ellá iba ya a la fábrica y en sus formas de efebo se preludiaba la mujer futura. El cursaba en el Instituto, y los primeros presentimientos del instinto y las primeras iniciaciones de los compañeros levantaron en su precocidad de sensitivo ardoroso las malicias primeras y los primeros anhelos turbadores. Ya no gustaba de los juegos a pleno sol ni de la caza de mariposas, ya no pellizcaba los racimos del parral ni vestía a los gatos... Prefería ocultarse a los ojos profanos, soñando despierto y citar a la amiga en la farmacia o detrás de la capilla, donde jamás se veía un alma. Ella acudía a cualquier sitio que le indicaba el amigo con plena y tranquila confianza. No era vanamente soñadora y no sabía aún lo que es la extrañeza de un calofrío en pleno día ni la delectación de contemplar las estrellas en la alta noche. En la fábrica trabajaba al lado de su madre; fue-

ra de la fábrica, ayudaba a la abuela para aprender el manejo de la casa, y en los cortos instantes libres hacía ganchillo, regaba las flores del huerto, peinaba el perro de lanas que cuando era pequeña le había regalado doña Mencía; en las veladas zurcía los calcetines de su padre y remendaba la ropa. Pasaba las noches de un sueño, estiradilla y quietecita en su camita de monja, blanca como un lirio, sin que un sobresalto turbase su reposo ni un esguinze de visión misteriosa cruzase para ella la oscuridad compacta. Contra las pasividades de su normalidad equilibrada y sana, contra su inocencia hermética y serena, limpia de angustia y de sospecha, se estrellaron durante mucho tiempo las maniobras equívocas de él para contaminarla con sus delirios, para injertarle sus íntimos trastornos. Sin una comprensión preparatoria que allanase el camino, que estimulase al descenso, el adolescente se sentía atado de pies y manos por toda suerte de timideces. Sus besos, si bien caldeados por el fuego interior, tenían en la mejilla aterciopelada de la mocita todas las candideces de los halagos fraternales.

Cuando, al salir de la fábrica y despistando la atención distraída de la madre, que siempre le tenía trabajo preparado, corría Nieves hacia la farmacia solitaria y le encontraba a él mustio, pálido y ojeroso, le cogía la cabeza con las dos manos, y, festiva, acariciadora, le decía postinera, como cuando eran niños:

—¿Qué tiene la hermosura de casa? ¿Que no se encuentra bien...? ¿Que no ha merendado...?

Él quería preocuparla contestando con evasivas, adoptando aptitudes románticas, reteniéndola por la cintura y haciéndola temblar con sus temblores; pero era inútil. Ella no estaba para sutilezas, y con arrebatado impulso maternal le acariciaba y le amonestaba inquieta tan sólo por su salud.

—¡Malo, más que malo...! ¡Mira que no haber merendado! ¡Tanto como te perjudica! Tiene razón tu mamá cuando dice que te gusta hacernos sufrir. Vamos, que todavía es hora.

Él porfiaba: «No quería moverse, no quería comer, no tenía apetito; prefería estar allí con ella y decirle muchas cosas...»

Pero ella se le escapaba de las manos como un pájaro esquivo y volvía a los cinco minutos con una rebanada de pan con confitura o con una ración de longaniza. Ella misma lo partía a pedacitos y se los metía a él en la boca.

—Otro, rey... Ya se acaba... No..., no; es inútil que te opongas... Quiero que te lo comas todo... Estáte quieto y abre la boca. Qué contenta se va a poner doña Mencía cuando le diga que has sido tan bueno...

## LA PLUMA

Y le abrazaba, le acariciaba, le decía zalamerías... las mismas que le había dicho su madre a ella cuando era niña.

Pero cuando él cursó el cuarto año de bachillerato cambiaron las cosas. Nieves iba a cumplir los quince, y después de un estirón tremendo («se la ve crecer de día en día», se decían las gentes, maravilladas), quedó convertida de niña que era en una real moza, bien plantada, de gallardísima prestancia, de continente al mismo tiempo reposado y desenvuelto, la piel de una morenez transparente y clara, colorada en las mejillas y en el lóbulo de las orejas, correctas y agraciadas las facciones, los ojos grandes y llenos de serenidad, y el cabello castaño, rizado y enmarañado que, contra luz, la nimbaba de resplandores cobrizos... En seguida tuvo admiradores, y a poco, pretendientes...

Finalizado el curso, al regresar de Barcelona, Pascual se quedó con la boca abierta. En la primera entrevista, ella le dijo, esquivando con delicadeza un abrazo:

—¿No sabes? El Ximito, el hijo de la Biron dona, me ha dicho que me quiere y pretende que le prometa que, cuando seamos mayores, me casaré con él...

Sintió Pascualillo que un resplandor flamíneo le envolvía. Después, un desbordante río de lava le quemó el corazón... En un minuto, el choque de la sorpresa de celos, de rabia, de deseo, convirtió al niño torturado y malicioso en un hombre hecho y derecho.

La miró, con una mirada nueva, hosca y amenazadora, una mirada de macho en celo.

—¿Tú para el Ximito...? ¿Tú...? ¡Dile que se acerque! ¡Ni para él ni para ninguno...! Tú has de ser mi mujer...

Y el abrazo viril, cabal, protector, con que selló sus palabras tuvo el aire resuelto y solemne de una toma de posesión.

Aquel día se dieron cuenta exacta de que se querían y de que quedaban prometidos. En una de las charlas siguientes él señaló el límite del noviazgo.

—El año que viene empiezo la carrera; cuando la termine, nos casaremos.

Pero un día doña Mencía vió, desde un balcón del comedor, que Nieves y Pascual se despedían dándose la mano; frunció las cejas y llamó a su hijo. Cuando le tuvo en su presencia, le amonestó severamente:

—He visto que haces carantoñas a Nieves de Carolí, tratándola como si fuese una señorita... Haces mal; déjala en paz, que ya no es una criatura, y esas mocitas en cuanto les dicen que son bonitas se llenan de humo la cabeza y Dios sabe lo que traman. Tu padre jamás se ha franqueado

con las obreras de la fábrica; para eso tiene el mayordomo; el sólo «buenos días» y «buenas tardes» y basta. Tú debes hacer lo mismo...

Por su parte, Trinidad no tardó en decir a su hija:

—Mira, Nieves, tengo que *advertirte* que no vayas siempre con el señorito, como cuando jugabáis al escondite. Ya sé que tú eres un angelito de retablo que no pecas ni con el pensamiento, pero los grandullones esos la saben muy larga, y quién sabe lo que pensaría la gente de todo esto más adelante; quizá llegarían a maliciar que te lo consentimos y aconsejamos por conveniencia propia. ¡Dios me perdone! ¡Que la chica que se trata con los que no son de su brazo está en riesgo de ganar mala fama y ¡ay de tu padre si se lo echaban en cara...!

El primer veneno había babeado su corazón, y la necesidad de disimular, al ocultarles el gozo profundo de la revelación, consiguió unirlos más estrechamente; y los juramentos de mutua fidelidad remacharon la cadena forjada por la Naturaleza.

En torno a Nieves crecía siempre el corro de cortejadores y cada vez que su enamorado volvía de Barcelona hallaba uno nuevo. Ello le enfurecía extraordinariamente, tanto más cuanto que no podía vengarse ni desahogarse de otro modo que atormentándola a ella. Pero la hija del Carolí era de una perfecta seriedad.

—¿No te he dicho que serías tú? Pues tú serás y nadie más. ¿Qué quieres que me importen los demás hombres?

Y, consecuente con su formalidad, huía todo lo posible de acudir a bailes y paseos, no coqueteaba con el mocerío y echaba de lado con buena traza, pero resueltamente, toda proposición de matrimonio.

En éstas, la abuela quedó paralítica, y como para Trinidad ir a la fábrica era media vida, Nieves quedó en la casa, recoleta como una monjita. Los cortejadores, despechados, y los demás por solidaridad, empezaron a juzgarla orgullosa y a apartarse de ella, afectando desdén. Después alguien insinuó que si no hacía caso de los obreros es porque picaba más alto. Se refería al practicante de la farmacia, que siempre que ella iba a buscar una medicina para la abuela le hacía las más extremadas zalemas. Más tarde las comadres sospecharon, aunque sin ningún indicio sólido que fundamentase la suposición, que quería *pescar* al maestro; pues como no era de creer que una pieza como Nieves quisiese enclausrarse o quedarse para vestir imágenes, no tenían otro remedio que atribuirle, vista su desgana de noviazgo, algún oculto designio. Pero dos solas personas no erraban la puntería: la madre y el médico.

Clarividente por natural listeza y observadora por amoroso interés, Trinidad había seguido con temor la evolución sufrida por su hija, comprendiendo finalmente, con escondido dolor, que el instinto la había ad-

vertido demasiado tarde los peligros que entrañaba la intimidad de su Nieves con el señorito. Pero la pobre madre creía en una ilusión infundada de su hija y desconocía todas las secretas entrevistas, las mutuas confesiones y promesas. Quien estaba mejor orientado era el médico, el doctor Reguera.

Reguera era un hombre de unos treinta y cinco años, hijo de un obrero tornero. La vanidad paternal, mal aconsejada, le había hecho ingresar en la Universidad y seguir con penas y fatigas una carrera empedrada de suspensos y nutrida de humillaciones y fracasos más o menos disimulados. Entre los compañeros se le tenía por estudiante de cortos alcances y, además, desaplicado. Ello fué causa de que, ya licenciado, no acertase a abrirse camino y tuviese que vivir a expensas de su padre. Cuando éste murió, el joven Reguera se encontró en la calle y, como suele decirse, con la boca abierta. Pasó entonces una época de grandes dificultades, en la que, ni recurriendo a toda clase de expedientes, conseguía medrar decorosamente. Por fin, la casualidad de una influencia le facilitó la entrada en la fábrica Bañolas. Consciente de sus facultades y de sus defectos y cansado de sufrir privaciones, viendo el cielo abierto con aquel cargo, se propuso conservarlo de por vida defendiéndolo, si era preciso, celosamente, con dientes y uñas. Pero en este mundo de muñecos no siempre basta la voluntad, por fuerte que sea y por enérgicamente que se desarrolle. A los santos, aún con serlo, el diablo solía tenderles lazos para atraparles desprevenidos, y más de una vez, y a despecho de su santidad, los santos caían en ellos. No hablemos, pues, de lo que pasaría con los pobres pecadores. El lazo que había de tender Pedro Botero al señor Reguera era la Nieves.

Ya se ha dicho que la vieja de casa Carolí había quedado paralítica y que su nieta la cuidaba, mientras la nuera trabajaba en la fábrica. Una vez por la mañana y otra por la tarde el señor Reguera iba a visitar a la enferma; y como esto duró semanas y Nieves era una cabal mocita y el señor Reguera, como todo mortal, tenía su alma en su almario, día llegó en que el buen señor se sintió arrobado con dulcísimo arrobo.

Con todo y considerarse muy por encima de los obreros de la colonia, había claudicado, como los demás, ante el buen palmito y los gentiles andares de la hija de Carolí, y no sintiendo bastante aliento para romper el hechizo, después de sostener una breve lucha consigo mismo, se dió por vencido. No es que le ilusionase demasadamente casarse con una obrera, con una muchacha sencilla y sin pompa: en sus sueños de hombre salido de la nada y de soltero definitivamente aplazado, había revoloteado, en horas perdidas, la imagen imprecisa de alguna hija de fabricante o de propietario conocido en la comarca, de alguna señorita

de linaje y prosapia que, al unirse a él, le aureolase y le remachase, a ojos de todo el mundo, en el nuevo estamento tan fatigosamente conquistado. Pero, súbitamente, se había encontrado con la sorpresa de que la imagen indeterminada y vaga de los sueños se había aclarado y definido en las celdas de su cerebro con los trazos frescos y atractivos de la linda vecinita del caserón de los señores. Fué aquella sorpresa algo agria y desconcertante para el señor Reguera, pero el impulso era tan violento y acuciador que se impuso a todos los cálculos de la vanidad.

Nieves bien valía una claudicación, tanto más cuanto que, según se decía, Carolí había cosechado ya, con su negocio de maderas, algunos picotines de pesetas.

Ciertamente no sería aquel un casamiento de rango, pero tampoco, al fin y al cabo, un tremendo disparate. Ya que el Destino no había querido que trepase hasta la mujer ideal de sus sueños, el señor Reguera se dijo que no había más problema que el de hacer trepar la obrera hasta él. No le desanimó el hecho de que ella hubiese rechazado a quienes la habían pretendido; sería, como decían, que la muchacha aspiraba a algo mejor; pero tratándose de quien era, superior a todo lo que ella podía esperar, otro sería el tono. En consecuencia, el señor Reguera se insinuó, pero como ella se fingiese desentendida, habló en seguida con claridad, seguro de que sería aceptado de buena gana.

Pero la hija de Carolí entendía las cosas de otro modo, y así como no la tentaron las ofertas de sus iguales, tampoco supo tentarla el rango de doctora.

Su negativa fué delicada y prudente, llena de agradecimientos y cortesía, pero también de firmeza y decisión.

El galán se quedó viendo visiones, y como estaba prendado de la muchacha hasta la exageración, insistió una y otra vez, ofreció esperar todo lo que ella quisiese, ponerse unos años a prueba para ver si a ella le nacía el amor que, con toda lealtad, declaraba no sentir por él. Pero todo fué inútil, porque Nieves permaneció incommovible. Ante su fracaso, el señor Reguera, acongojado y despechado, recapacitó. Tenía razón la gente del pueblo: allí había gato encerrado. Fué saltando de deducción en deducción para dar con la incógnita. ¿La doncella rehusaba a los obreros? Era que pretendía algo mejor. ¿Rehusaba lo mejor? Era que picaba más alto todavía. ¿Quién había allí más alto que él, el médico...? Un nombre resplandeció como grabado en caracteres de fuego en el cerebro del señor Reguera. En aquel instante un escalofrío le corrió por la espalda. Estaban a mediados de curso; hasta el verano no podría salir de dudas, y resolvió esperar pacientemente. Pero el Cornudo estaba a la mira, riéndose socarrón de las entelequias del señor Reguera. Y he

aquí que un día le sopló al oído una inspiración de las suyas: «¿Por qué no conseguir por las malas lo que no se le quería conceder por las buenas?»

A la hora de la visita del médico, en casa de Carolí no había otras personas que la abuela encamada y Nieves; la casita no tenía más que un vecino, y aún no muy cercano, y durante el día era una casualidad que pasase alguien por aquellos andurriales, porque todo el mundo estaba en el campo o en la fábrica... Una tarde, al entrar en casa de Carolí, el señor Reguera cerró la puerta con llave, y al bajar a recibirle Nieves, como solía, el señor Reguera se le echó encima traidoramente, tratando de sujetarla entre sus brazos. Un grito ahogado se escapó de la garganta de la sorprendida, y no se atrevió a repetirlo más vibrante por no alarmar a la pobre vieja, que al fin y al cabo tampoco podía bajar a socorrerla. Lucharon en silencio, dando él grandes resoplidos y sostenida ella por la ira y el pánico, que le centuplicaron las fuerzas. Por fin pudo deshacer la tenaza de huesos que la oprimían, y con un supremo esfuerzo se desembarazó del rufián alejándolo de sí con violencia. Rechazado, cayó en tierra pesadamente, como un saco de arena mojada, mientras ella, con un salto de gamo, se plantaba en la puerta dando vuelta a la llave y huía a la calle en menos tiempo del que se tarda en decirlo. Jadeante y desmelenada, mientras tomaba respiro, vió en medio de la entrada al canalla, como atontado, levantarse lentamente sobre un brazo y palparse el muslo y el codo maltratados... Temiendo que el azar llevase por allí algún cazador que podía verla en aquel estado, volvió a entrar, y rígida y erguida como una Némesis extendió el brazo y señaló al vencido la puerta, duramente. Él temblaba como el azogue... Con dolorosa contracción se puso de rodillas, y arrastrándose, arrastrándose llegó cerca de ella. Tenía un aire lamentable de derrota y humillación. Farfulló penosamente:

—No sé lo que me ha pasado... Una mala hora... ¡Perdóneme! ¡La quiero tanto, Nieves...!

Tenía la voz quebrada y se oía el rechinar de sus dientes.

Ella repitió con mayor altivez y gesto implacable:

—¡Salga usted en seguida y no vuelva a poner los pies en esta casa!

En un minuto, y con un pánico infinito, que acabó de desfigurarle las facciones, vió él agolparse en su cerebro todo lo que le amenazaba: el descrédito, el despido de la fábrica, la miseria otra vez... Se humilló más y más... Juntó las manos pidiendo clemencia.

—¡No me pierda, no me pierda, por el amor de Dios...! ¡Estaba loco... se lo juro...! ¡Tenga compasión de mí...!

También ella comprendió lo que iba a suceder si echaba de su casa

a aquel hombre como a un perro y se propalaba lo que había pasado: primero un gran escándalo y un terrible trastorno para su madre; después, la enferma sin asistencia; su padre, exasperado, pidiendo cuentas a aquel miserable... Quién sabe qué drama en acecho...

Envolvió en una mirada de profundo desprecio al hombre que tenía ridículamente arrodillado a sus pies.

—Me detengo por los demás, no por usted... Repóngase, y cuando mi abuela no pueda reconocer nada, suba usted.

Fué hacia la escalera, pero él la cogió vivamente por las faldas.

—¡Nieves! ¡Nieves! Por la vida de los suyos, no me comprometa... No diga nada a nadie... ¡Prométamelo! ¡Si usted habla cometeré un desatino!

Estaba blanco como el marfil y lloraba como un niño; los sollozos le ahogaban la voz.

La ofendida sintió una sombra de lástima.

—Levántese—murmuró secamente.

—¡Prométamelo Nieves...! ¡Soy un desgraciado...! ¡No me pierda!

—Callaré; pero de aquí en adelante no me dirija a solas la palabra.

En efecto; nadie tuvo noticia de lo que había sucedido y poco a poco llegó el verano, y con él el unigénito Bañolas, que ya parecía todo un hombre.

Reguera vigiló incansable y pronto halló la certeza en miradas y sonrisas de que sus sospechas tenían fundamento.

Pascualillo y Nieves estaban en inteligencia, cuyo carácter y alcance verdaderos no pudo determinar el rechazado celoso. ¡He ahí el obstáculo! Por aquel mocoso sin sustancia ni discernimiento que sólo pensaría en divertirse, él, un hombre hecho y derecho, había sufrido el más terrible escarnio de su vida y, lo que era peor, había perdido la tranquilidad y la alegría presentes y futuras. Por el cerebro del señor Reguera no cruzó la idea de que Pascual pudiese casarse con Nieves. Harto conocía los gatuperios del mundo y que no siempre los lugares donde se agabillan hombres y mujeres resultan escuelas de buenas costumbres. De más de un fabricante había oído decir que era señor feudal en sus dominios; un señor feudal en pleno abuso de todos los malos usos medievales, y pensó que el hijo de Bañolas empezaba a labrar el campo de sus futuras hazañas. Don Pascual, según unánime opinión de las gentes, era y había sido siempre de una moralidad perfecta, pero eso no quería decir que el hijo no rompiese la tradición, volando por su cuenta; tal hacían prever, por de pronto, los indicios. Y como aquel muchacho una hora u otra tenía que reinar allí y llenarle a él la comedera, todo lo que hiciese bien hecho estaría, para él, menos en aquel caso.

## LA PLUMA

Tratándose de su altiva adorada, el señor Reguera se sintió trastornado. El espectro del hambre en lejanía no fué bastante a contenerlo, ni le sirvió de consuelo su acomodaticia filosofía. En el dilema de tener que resignarse o luchar, prefirió la lucha con todas sus consecuencias. No podía atacar abiertamente, a la descarada, porque habría sido la derrota anticipada; pero obraría subterráneamente, como los topos. ¿Qué hacer? ¿Denunciar al padre severo el primerizo galanteo del retoño? ¿Estorbar los planes de éste actuando como ángel custodio que vela por el buen nombre de la casa? Esta fué su primera idea, pero en seguida renunció a ella. Por mucha discreción que tuviese don Pascual, un día u otro tendría noticia su hijo de la denuncia; y como de la juventud es el porvenir y las primeras ofensas no se perdonan, el señor Reguera podía tener por seguro que en cuanto su rival mandase perdería él la plaza y a Nieves a la vez. Después de meditarlo bien, decidió habérselas directamente con el enemigo; así, por lo menos, podría saber de qué pie cojeaba y atacarle con mayores esperanzas de éxito.

Discurriendo cómo se ingeniaría, la casualidad vino a ofrecerle el punto de apoyo que le faltaba. Un día, volviendo de paseo, cogió una caña y con el cortaplumas la peló y espurgó pulidamente. Piensa que pensarás en sus cosas, caminaba de instinto y sin darse cuenta de lo que hacía. De repente dió un tropezón y la hojita de acero, resbalando sobre la caña, le hizo un corte en un dedo. Empezó a manar sangre de la herida y cada gota pesada y llena, al dar en tierra, se envolvía en polvo del camino y quedaba convertida en una a modo de bolita enharinada. Algunas de ellas eran tan perfectas que al herido le hicieron pensar en píldoras de farmacia. Estaba muy cerca de la fábrica, y al pensar «farmacia» el señor Reguera atinó en que podría ponerse en la herida, para restañar la sangre, una pincelada de yodo. La farmacia tenía tres puertas: una grande, que podríamos llamar oficial, que daba al patio; otra pequeña, que se abría a una cuadra vacía de la fábrica vieja, y finalmente, la tercera comunicaba con una pieza de la casa, conocida con el nombre de almacén de los cubos.

La puerta que comunicaba con la cuadra vacía, abierta exclusivamente para ir de la casa a la fábrica sin atravesar el patio los días de lluvia, era una puertecilla vidriera que se cerraba con falleba y cerrojo. No siendo en caso de accidente, nadie iba a la farmacia de la fábrica, por servirse todo el mundo en la del pueblo, donde estaba el practicante; si alguien iba, entraba siempre por la puerta grande. A esta circunstancia se debía que Pascualillo hubiese escogido aquel lugar quieto y olvidado para sus entrevistas con Nieves. Ésta, a hora de cerrar, pretextando la necesidad de alguna compra, entraba en la fábrica para advertir a su ma-

dre que volviese a su casa sin entretenerse, y por corredores y dependencias poco transitados se dirigía a la cuadra vacía, mientras él, atravesando el almacén de los cubos, penetraba en la farmacia, y como nadie veía ni al uno ni al otro, habían podido guardar secretas hasta entonces sus relaciones.

Pero aquel día el señor Reguera, por ahorrar camino, pasó también por la cuadra vacía y, antes de abrir la vidriera, mirando por casualidad a través de los cristales verdosos y empañados, descubrió al fondo de la farmacia a la enamorada pareja, abstraída en íntima charla. Retrocedió vivamente sin ser visto y fué a rociarse el dedo con alcohol.

Al día siguiente se hizo el encontradizo con Pascual, y cogiéndole familiarmente por el brazo, le propuso dar un paseo hasta la Fuente Nueva. El estudiante le miró sorprendido, pero vió en la cara del médico una expresión tan particular de sonriente y protectora confianza, que, sin saber por qué, intrigado, le siguió mansamente. Hablaron durante mucho rato.

El señor Reguera le contó, a modo de advertencia, su descubrimiento de la tarde anterior, y con su aparente lealtad provocó la confesión deseada. Después, afectando una indulgencia discreta y cordial de hombre de mundo, se cercioró al detalle del carácter que tenía aquel noviazgo; aconsejó al novio que si quería mantenerlo oculto, mirase bien lo que hacía; le hizo prometer formalmente que no diría a Nieves ni una palabra de lo que habían hablado—*por evitarle violencias, ya que tengo que ir cada día a su casa, comprende*—; y finalmente, se ofreció en todo y para todo al futuro señor de aquel reino.

El primer paso estaba dado, y desde aquel día se vió a menudo a los dos jóvenes ir juntos de paseo por las afueras y, a pesar de la diferencia de edades, establecerse entre ellos una estrecha intimidad. No es preciso decir que el único y verdadero nudo de aquella intimidad era la amada común. Pascual, gozoso de poderse entregar por entero a la confianza, en plena efusión de su juventud vibrante y expansiva, hablaba al nuevo amigo *ex abundantia cordis*, no celando ni en lo más mínimo actos, propósitos, anhelos y fantasías. A su vez, el señor Reguera todo lo escuchaba con interés, lo aprobaba todo amablemente y, mientras tanto, manteniendo siempre a su amigo en una atmósfera de graduada adulación, iba sembrando con tacto y destreza, hoy una, mañana otra, en aquel corazón que se le abría generoso y sin recelos, simientes de ideas y sentimientos que esperaba ver germinar y granar cuando fuese hora.

Nieves dijo un día con tristeza a su novio:  
—Desengáñate; soy demasiado poco para ti y no querrán nunca que nos casemos...

## LA PLUMA

Pero Pascual protestó vivamente:

—Mi padre estima mucho al tuyo... Y también él quiso casarse con la mujer que le gustaba...

Como ella sonriese con poca confianza, él solía añadir hoscamente, con retenida energía:

—Además, si quisieran impedirlo, sería igual, porque prescindiría de su consentimiento...

—¡Oh, no! Reina Santísima—contestaba Nieves alarmada—. Quizá te desheredarían, y no quiero que por mí pierdas lo que te pertenece...

—¿Qué me importan el dinero y la fábrica si para tenerlos he de renunciar a la felicidad? Tendré mi carrera y no necesitaré a nadie para mantenerte.

Y una y otra vez le repetía que se quería casar en cuanto fuese ingeniero. Mientras tanto, sentía el atormentado deseo de los besos y abrazos de la amada. Pero ésta, a medida que crecía, se mostraba más pudorosa y recatada.

Su honestidad no era hija del propósito, si no del temperamento. Cada vez que el galán, despechado, se quejaba de la esquividad de ella al señor Reguera, sentía éste desmayos de alegría y calofríos de voluptuosidad. Seguro ya por aquel lado, se atrevió a aconsejar, con sonrisita de suficiencia:

—No haga usted caso... Todas son iguales... Cuando creen que las quieren se hacen valer... Si no fuese usted tan joven, si demostrase más frialdad, haciéndola comprender el favor que la otorga mirándola, sería ella la que se humillaría... A las mujeres hay que saber tratarlas...

Y en tantas y tantas ocasiones se esbozó aquel criterio del señor Reguera, que finalmente empezó a desteñir sobre la rectitud ingénita del enamorado. Los enfados y las trapacerías de los primeros años del bachillerato volvieron a perturbar las entrevistas de la pareja, y los primeros nubarrones de mal presagio aparecieron en el cielo purísimo de su amor.

—Si me quisieras, no me dirías que no...

—Si me quisieras tú como debes quererme, serías el primero en desear que te lo dijese...

Llegaron las elecciones legislativas y se presentó candidato un amigo de don Pascual, frente al que presentaba el Gobierno de Madrid. La lucha andaba muy equilibrada entre los dos contrincantes y nadie habría podido decir de qué lado se inclinaría la balanza. En el peligro, el candidato pidió ayuda a don Pascual que, metiendo en la urna la fábrica en peso, decidió en su favor la victoria. El nuevo diputado, agradecido, después de jurar el cargo, quiso ir a dar las gracias públicamente a su

protector. En la fábrica se levantaron arcos de triunfo, se enguinaldaron de flores las máquinas, salieron los obreros a recibir al ilustre visitante, cantando y vitoreándole... Fue, en fin, una llegada triunfal.

No es que para el fabricante significase gran cosa el resultado de la elección, pero era bondadoso con sus obreros y aprovechaba siempre la ocasión para ofrecerles algún esparcimiento extraordinario que les hiciese menos pesado y monótono el trabajo cotidiano.

El diputado vino acompañado de su hija y de algunas personas más. La hija del diputado tenía diez y ocho años, uno menos que Nieves, la de Carolí. Era menuda, pequeña, rubia, bonita y delicada como una miniatura del siglo XVIII.

En la mesa, como era natural, estuvo colocada al lado del hijo de la casa. Era coqueta y pagada de sí misma, y durante toda la comida zalamé con su caballero, haciéndole prometer reiteradamente que, cuando volviese a Barcelona, iría a visitarla.

Pascual, hasta entonces con el corazón enteramente preso en su amor y casi ayuno de trato social, era extraordinariamente tímido con toda mujer que no fuese la amada, y en aquel día solemne representó su papel con tan poco lucimiento, que su madre se sintió casi avergonzada, y después, a solas, hasta se creyó en el caso de amonestarle blandamente.

—Te has de mostrar más suelto, hijo mío, y aprender a hacer cumplidos... Más que estar en compañía de una señorita de la ciudad, parecía que ibas a confesar.

Por su parte, el señor Reguera también había observado, y las gazonerías de gatita de la barcelonesa le habían aclarado el entendimiento. Ante su esperanza, resucitada, se abrió un inmenso campo de maniobras, y comprendió todo el partido que podía sacar de aquel auxiliar. En cuanto su amigo se puso al habla, le dijo así:

—¡Vamos, pollo, ha hecho usted una conquista!

Y alabó desmesuradamente la belleza de la forastera, sus aires distinguidos, su cultura y la gracia con que sabía decir hasta las cosas más triviales.

Pascualillo, en el fondo, no dió ninguna importancia a los elogios del médico, y con todo, estuvo más displicente con su amiga, y observó con sorpresa que los cabellos de Nieves eran más oscuros que los de la hija del diputado, y que no reía tanto como ella.

El diputado olvidó en la fábrica su bastón, y el señor Reguera dijo a don Pascual que como él tenía que llegarse a Barcelona podría entregárselo. Se lo llevó, en efecto; y como en aquel momento no se hallase el diputado en casa, el señor Reguera quiso saludar a la señorita. La señorita vestía de blanco con cintas azul celeste; ya no parecía una mi-

## LA PLUMA

niatura, sino una fina y airosa pastorcita de Watteau. El señor Reguera quedó prendado por cuenta ajena.

Hablaron de *aquel día*, y el señor Reguera hizo un brillante panegírico de Pascual, tal como lo había hecho para Pascual de la hija del diputado. Aseguróle, además, que en la fábrica *la recordarian* mucho. Cuando el señor Reguera se retiraba, ella tomó de un vaso un ramo de rosas magníficas y se lo entregó, diciéndole:

—Para la señora de Bañolas.

Y escogiendo una rosa pequeña y encendida como un corazón, añadió con leve rubor:

—Y ésta para mi vecino de mesa, como un recuerdo del día en que nos conocimos,

De regreso en la fábrica buscó en seguida al hijo del patrono. Pascual quería ir a casa de Carolí (ahora ya no se veían en la farmacia, tanto por el aviso del señor Reguera cuanto porque a ella no le era tan fácil como antes dejar a la abuela, sino por las cercanías de la casa); pero el señor Reguera, quieras que no, se lo llevó a paseo, y poniéndole la rosa en el ojal le explicó, con todos los aditamentos pertinentes, todas las maravillas de la pastorcita de Watteau.

—¡Oh, qué monada...! ¡Si usted la hubiese visto...! En seguida me ha preguntado por usted. Me parece que si usted quisiera, no tendría más que alargar la mano. Ya lo vi claramente el primer día. ¡Qué lástima que esté usted comprometido!—Y como hablando consigo mismo, añadió:—¡Esta sí que habría dado lustre a la casa Bañolas!

Hasta el día siguiente no vió Pascual a su novia, en el bosquecillo cercano al río. Todavía llevaba la rosa en el ojal, y ella la advirtió en seguida.

—¿Qué es esta rosa?

Él, turbado, vaciló; habría dicho la verdad, pero le pareció que no era del todo correcto decirla.

—Me la dió ayer el señor Reguera...

Ella, sorprendida, le miró al fondo de los ojos; él bajó los párpados.

—¿Qué extraño! ¿El señor Reguera?

—Sí... De un ramo que trajo de Barcelona para mamá...

Nieves era lista, y presintió vagamente algo de lo que pasaba. Su frente, clara y pura, se tiñó con una veladura rosa, que era en ella señal de que se había impresionado vivamente. Contestó tan solo:

—Ayer te estuve esperando toda la tarde...

—Fuí a paseo con el señor Reguera.

—¡Siempre el señor Reguera! Ya te dije que no fíases en él.

Él miró, distraído, río allá.

—No sé por qué...

—¡Porque tiene dos caras!—exclamó Nieves con viveza; pero en seguida añadió, atenuando:—Tiene una manera de mirar que no me gusta.

—Antipatía que le tienes.

Hablaron de otras cosas. Al despedirse, ella, sonriente, vergonzosa por primera vez, le dijo en voz baja:

—Dame esta rosa—y alargó la mano hacia el ojal.

Él se echó atrás rápidamente, poniéndose fuera de tiro.

—¿No ves que está mustia? ¡Adiós! Hasta mañana—y se alejó de prisa.

Nieves quedó inmóvil, como una estatua, durante un minuto. Al cruzar el margen sintió caer una gota en su mano. Miró a lo alto. Era serenísima la noche, y allá, en la lejanía, brillaba, como una chispa de oro rebajado, la estrella de la tarde. La gota caída en la mano de Nieves era una lágrima.

\* \* \*

Con el tiempo, las lloró abundantes. Pascualillo había cambiado del todo. No es que no la quisiera; harto comprendía ella que la quería, pues con sólo clavarle la mirada le hacía temblar desvalido; pero no la quería como antes, con aquella claridad, con aquella sencillez, con aquella ingenua dulzura de los pasados días. Ahora la muchacha sentía entre ellos algo forastero, una influencia maligna que lo entenebrecía todo, que llenaba el amor de arrebatos, de frialdades, de recriminaciones, de malas voluntades, inexplicables en buena lógica... «Es el otro que se venga», pensaba la pobre Nieves. Y una y otra vez estuvo tentada de decírselo todo al amado, de abrirle los ojos respecto al traidor; pero la detenía siempre el respeto a la promesa que había hecho, el temor a lo que podía ocurrir, hasta el mismo silencio sospechoso que había guardado hasta entonces. En efecto: ¿cómo excusar aquel silencio, que se había convertido para ella en un cepo que la impedía toda defensa airosa y franca?

Mientras tanto, el veneno iba cumpliendo su obra destructora en el corazón del amigo.

Pascual fluctuaba, atormentado y sombrío, entre dos corrientes opuestas. En realidad, al principio le habían inquietado muy poco las gracias y zalemas de la barcelonesa. Sentía, eso sí, halagado su amor propio; pero su corazón, enamorado con todo el fuego y todo el empuje del primer amor, seguía fiel a la modesta obrera. Pero más tarde... más

## LA PLUMA

tarde, comprometido y casi arrastrado las primeras veces por el señor Reguera, tuvo que aceptar por fuerza las invitaciones del padre, acompañó a la familia a la mesa, al cine, en los paseos, y poco a poco le plugo el frívolo hechizo de la nueva amiguita. Acaso no la quería con amor de hombre a mujer; pero le entretenía y le deleitaba de un modo absorbente su graciosa compañía. La señorita barcelonesa mandaba y se hacía obedecer siempre, como reina y señora entre vasallos, como si fuese la clave central del universo, y con él hizo como con todo el mundo, pero tan gentilmente, entre risas y juegos, que él no podía protestar ni rebelarse contra la impuesta esclavitud; y lentamente se fué convirtiendo, como todos los que la rodeaban, en dócil juguete de la caprichosa. En sus contados momentos de concentración, y sobre todo cada vez que volvía de la fábrica, al mirar con sorpresa, como a una desconocida a quien viese por primera vez, a aquella criatura, insustancial y frívola como un pajarillo, que por gracia se quejaba siempre de dolor de cabeza o de dolor de estómago, de aburrimiento o de cansancio, el estudiante sentía un gran vacío en el alma y un vivísimo deseo de huir de allí, de romper aquel extraño encantamiento, que parecía irreal, hijo de una opresora figuración de alguna pesadilla. Y, como un consuelo inesperado, como un filtro libertador de sus facultades secuestradas, como una rájaga de aire fresco que le devolvía los sentidos, surgían ante sus ojos, con súbito relieve, los rasgos bien amados de Nieves, sus formas opulentas, ricas en salud y fortaleza; su austera, pero imponente, majestad de Juno; y la sed de ella y el deseo de ella le abrasaban. En cambio al ver de nuevo a la obrera en la realidad, algo de desencanto y de íntimo marchitamiento se mezclaba a su alegría impulsiva y espontánea.

Acostumbrado ya a los artificios y arrumacos de la criatura que acababa de dejar, hallaba excesivamente desprovista de ellos a Nieves, juzgándola excesivamente vulgar en su sencillez, falta de gracia en los gestos, de conversación monótona, de ideas elementales y rutinarias y, al mismo tiempo, demasiado mujer, demasiado reverenda, poco insinuante y festiva, demasiado dura e inflexible a la cálida caricia de sus dedos nerviosos... Y el pajarillo ingrávido y minúsculo, el cepo animado, voluntarioso y plañidero, revoloteaba en el espacio y, pasando y traspasando entre él y la amada, le enturbiaba la imagen de ésta, la alejaba y a veces la repelía.

En el divorcio cada vez más acentuado, Mefisto tenía la mayor parte de culpa. Sutilmente, solapadamente, como un viento adverso, empujaba la débil nave a la deriva. Hoy una insinuación, mañana un consejo, pasado mañana una broma, otro día una observación en apariencia fútil, había ido transformando y suplantando gustos, ideas y sentimientos.

tos del enamorado; había elevado en aquel espíritu fluctuante un solio de magnificencia para la intrusa y había puesto despiadadamente de manifiesto, mirándolas con cristal de aumento, cuando no creándolas de raíz con cuatro pinceladas ridiculizantes, las deficiencias de la pobre hija de Carolí, y finalmente había infiltrado en el corazón enamorado desconfianzas, recelos, desdenes, vanidades, exigencias, altiveces..., innumerables causas de discrepancia con la amada.

—¡Bah...! Si he de serle franco, siempre dudé un poco de estas locuras de las mujeres del pueblo por los señoritos. Sólo puede tenerse fe en las pasiones cuando van de arriba abajo, o de tú a tú, es decir, cuando no se va a ganar nada si no a igualar o a perder... Si se hubiese podido casar con la otra, entre el capital de usted y la influencia del suegro, ¿dónde habría llegado la casa Bañolas? Él senador y usted diputado, serían los amos del país. Se acabarían los obstáculos del Collet, que siempre han sido el nubarrón de mal agüero para el porvenir de la fábrica, y con una carretera por mediodía y algo rectificado el trazado del ferrocarril en proyecto (que cuando se dispone de votos y dinero, en Madrid se consigue todo), la fábrica quedaría en situación más ventajosa que todas las demás y no tendría que temer nunca una competencia formal...

—¡Por amor de Dios, Pascual, no sea tan inocente! ¿Cómo quiere que no sea melindrosa si en la resistencia está su victoria? ¡Son de mucho cuidado estas santitas campesinas! Con su virtud inexpugnable, mantienen ardiente el deseo del *sitiador* y no se entregan si él no lo hace primero, es decir, hasta que envía por delante a la fortaleza el acta matrimonial... ¡Ah! ¡Quisiera ver a nuestra Lucrecia, hoy tan altiva, el día en que perdiese toda esperanza de ser la señora de Bañolas! Entonces, como ya no le aprovecharía la virtud para nada, se daría prisa en venir a ofrecerle ella misma lo que ahora le hace desear tanto. Y si no, haga usted la prueba: ¡cásese y ya me sabrá decir lo que ocurre...!

Pascual ya había acabado la carrera, ya era ingeniero. Nieves conservaba todavía una última esperanza, aún quería hacerse la ilusión de creer que se acercaba el término de sus torturas. Él siempre le había prometido que en cuanto acabase la carrera hablaría a sus padres de la boda. Pasó un mes, pasaron dos y no les habló a sus padres ni a Nieves. En cambio, voces volanderas, que no se sabía dónde habían pescado la referencia, empezaron a propagar la noticia de que tenía relaciones formales en Barcelona. Pascual, estrechado por Nieves, lo negó, arisco y malhumorado; pero doña Mencía se mostró muy gozosa de la noticia, y el señor Reguera, sin poner nada en claro, parecía confirmarlo con sonrisa de discreta inteligencia.

## LA PLUMA

Un día que fué a Barcelona trajo al volver una gran noticia y ésta absolutamente cierta. ¡Se estaba terminando la bandera! Este era asunto ya lejano. Dijimos que los obreros habían ido a recibir al diputado, cantando; el diputado, por halagarles, les dijo que cantaban muy bien; ellos le notificaron que estaban preparándose para formar un orfeón, y el diputado les prometió que si lo formaban les regalaría la bandera. Se organizó el orfeón y el diputado envió a decir que cumpliría su promesa, que regalaría la bandera y que él mismo haría la entrega. A su vez, el señor Bañolas declaró entonces que cuando el diputado volviese a la fábrica se celebraría una fiesta espléndida, más espléndida todavía que la pasada. El portador de todos aquellos mensajes era el médico, que reservaba, hasta la hora oportuna, el gran secreto que todo aquello encerraba y que era nada menos el de que la bandera había sido bordada por las propias manos de la hija del diputado. Tentada por la sólida posición de los Bañolas y animada por el consentimiento tácito de su padre, la gatita había trazado sus planes y tomado sus medidas; pero Pascual era de una irresolución desesperante, y, a pesar de que todos los signos eran de que la quería, nunca acababa de declararse. Era preciso, pues, estimularle de cuando en cuando con golpes de efecto que le fuesen comprometiéndolo públicamente y le llevasen, como de la mano, al anhelado noviazgo. Lo de la bandera era uno de aquellos golpes. La gatita, haciendo al señor Reguera confidente único de la sorpresa que preparaba, le suplicó que no dijese nada a nadie hasta el día de la fiesta. Pero una desgracia imprevista había de precipitar los acontecimientos. Un ataque de embolia se llevó a doña Mencía, en pocas horas, de este mundo.

El que había de ser día de alegría y de gozo lo fué de lágrimas y duelos. El orfeón, que había de debutar con un canto alusivo para ir a recibir al diputado y a su hija, ensayó a toda prisa composiciones adecuadas y debutó en los funerales de la patrona. También se estrenó la bandera. La habían traído el donante y su hija, enlutados, y al hacer entrega a los orfeonistas, atado al asta un gran lazo de gasa negra, la doncella había estrechado efusivamente la mano de Pascual y había silabeado con ternura:

—La he bordado pensando en usted y es la mejor corona que puedo ofrecer, como testimonio de mis respetos, a la memoria de su pobre mamá, que santa gloria haya.

Pascual, emocionado, turbios de lágrimas los ojos, no hallando palabras con qué contestar, se inclinó y le besó la mano. La escena tenía lugar en el gran patio de la fábrica, lleno de obreros y obreras. Entre ellas, Trinidad y su hija. La primera sintió en su corazón un impulso de alegría y dió gracias a Dios, porque le pareció que empezaba la libe-

ración de su hija; pero ésta creyó llegado el fin del mundo; todo se entenebreció a sus ojos; le fallaron las piernas y en poco estuvo que no diese el espectáculo. Mefisto, que desde el núcleo central de personajes la observaba a hurtadillas astutamente, sonrió con sonrisa de cruel complacencia.

El diputado y su hija, severamente enlutados como si ya fuesen de la familia, presidieron el duelo junto con ésta y con los altos empleados de la fábrica. No se había cruzado una palabra formal entre los Bañolas y los barceloneses y, con todo, nadie dudó aquel día que era inminente la unión de las dos familias.

En el más oscuro rincón de la capilla, Nieves, secos los ojos y terriblemente pálida, con el aspecto grave y taciturno que la procuraban el fracaso de todas sus ilusiones, la íntima tragedia que le partía el corazón, pensaba en doña Mencía; pensaba con rencor, con un impulso de amenaza y venganza que no había de acabar jamás. Su instinto, del todo despierto en aquel instante, le decía que la muerta tenía la culpa, allá, en lo más íntimo, de todo lo que había pasado y de los acontecimientos que se aproximaban. Ella, con la primera admonición, había formulado el interdicto; en ella sentía Pascual la oposición irreductible que su debilidad de carácter no le había permitido afrontar a tiempo, ella, con su condescendencia de última hora hacia el nuevo amor, había justificado y sancionado la traición... Nieves no pudo rezar ni un padrenuestro por aquella alma que se le había mostrado enemiga.

Dejó pasar un mes. Con el pretexto del duelo, Pascual no se movía de casa y esquivaba las entrevistas con su novia. Pero ella contaba todavía con su promesa. Decidida a acabar de una vez con aquel estado de cosas, Nieves le detuvo un día en el patio, a la descarada, sin importarle gran cosa que la vieran o que dejasen de verla.

—Escucha, Pascual...

—Dispensa, Nieves... En este momento... mi padre me espera...

—No; bien sabes que no te espera nadie. Pero no te atreves a quedarte conmigo porque me engañas...

Él protestó, baja la cabeza, sin demasiado calor.

—¿A qué viene todo esto? ¡Te estás volviendo más rara!

Nieves sonrió con amargura.

—¡No me lo niegues! ¿Imaginas que no me he dado cuenta de todas tus maniobras con la otra?

—Manías tuyas... Tienes celos... Eso es todo...

—Dime que no tengo motivos para estar celosa.

—¡Naturalmente, mujer!

—¡Júramelo!

Pascual vaciló; finalmente pronunció con esfuerzo:  
—Te juro que..., que no le he dicho nada.  
—Entonces... nada te impide cumplirme la palabra que me diste...  
Acabada la carrera, muerta ¡Dios la haya perdonado! tu mamá...  
—¡Nieves!  
—¡Infeliz! ¿Te figuras que no comprendí que no me quería ni me hubiese querido nunca, y que tú no tenías valor para contradecirla? Pero, ahora las cosas han cambiado. Tú mismo lo dijiste: tu papá quiso casarse a gusto y no impedirá que tú lo hagas también...  
Él bajó la cabeza:  
—Naturalmente...; pero ahora..., el luto...  
—Fijemos una fecha... Dentro de un año, dentro de dos... El día que tú quieras; pero que yo tenga alguna seguridad...  
—Es imposible, Nieves. Las circunstancias..., la... la...  
—Hasta aquí hemos llegado, Pascual. Te he dado toda mi juventud, todas mis esperanzas, y quiero saber para qué te las he dado...  
Pascual se pasó la mano por la frente; sudaba de angustia. Después tartamudeó:  
—Tengo que completar mis estudios... Dentro de unos días..., quizá mañana mismo..., me iré a Alemania... Después, a mi regreso, podremos hablar...  
Ella le miró atónita.  
—¿A Alemania? ¡Nunca me habías hablado de semejante viaje...! ¿Cuánto tiempo estarás allí?  
Pascual vaciló nuevamente.  
No sé... depende de...  
Nieves, resuelta, severa, irguiendo toda su estatura, le apoyó la mano en el brazo y le interrumpió así:  
—¡Basta, Pascual! No te molestes... Demasiado entiendo lo que te sucede... Te vas porque huyes de mí... No te atreves a faltar cara a cara a la palabra que me diste...  
Sintió Pascual que se le agolpaba la sangre, tumultuosa, y Nieves, violenta, esperaba ávidamente con el alma asomada a sus pupilas.  
«Si pierde las esperanzas, ella será la primera en irle a la zaga... Y si no, haga la prueba...»  
Al cruzarle por el cerebro el pensamiento ruín, se le aplacó la sangre repentinamente, se le veló la voz, se le enfrió la expresión.  
—Ten cuidado. Piensa, Pascual, que me dejas en libertad y que un día puedes arrepentirte.  
Nieves, aparentemente serena, había pronunciado estas palabras lentamente, subrayándolas con firmeza.

Esperó todavía... Vió que Pascual agitaba los dedos espasmódicamente, como picado por la tarántula, pero no abrió los labios. Pasó un minuto, que en el orden espiritual, valió por unas semanas. El unigénito Bañolas, en aquel minuto, se vió en pleno Congreso, defendiendo la rectificación del trazado del ferrocarril...

Nieves le volvió la espalda, atravesó el patio y salió de la fábrica.

A los cuatro días, Pascual marchaba a Alemania, dejando a su padre desconsideradamente abandonado a todas las desolaciones de su viudedad.

\* \* \*

Transcurrido cerca de un año, el padre escribió al hijo que debían celebrarse las misas del aniversario de doña Mencía y que suponía que él, su hijo, vendría para asistir a ellas. Le suplicaba que, al contestarle, le manifestase lo que pensaba hacer después.

La imagen de Nieves, en actitud severa de Némesis, llenaba durante toda la noche las sombras del desvelo a la vera del lecho del ingeniero. Al día siguiente éste escribió a su padre: «Querido papá: De todo corazón te echo de menos y espero con ansia ir a darte un abrazo y a rezar contigo por el eterno reposo de la pobre mamá. Me preguntas qué pienso hacer después. ¡Ay, papá! Me duele tener que decírtelo; pero es forzoso que después vuelva aquí, porque estoy metido en unos experimentos interesantísimos que serán de gran provecho (al menos así lo espero) para nuestra industria, pero que me ocuparán algunos meses todavía...»

\* \* \*

Llegó a la fábrica la noche antes de los funerales y, al salir de ellos, habló de marcharse al día siguiente. Su padre entonces le dijo sin mirarle:

—Hijo mío, te ruego que esperes un par de días más... Como me sentía tan sólo y no quería perjudicarte en tus estudios, he resuelto volver a casarme, y quisiera que fueses testigo en mi boda...

Cuando el hijo, dolorosamente sorprendido, preguntó quién era la elegida, el padre contestó evasivamente:

—Una antigua obrera de la fábrica... Y salió de la habitación.

Al día siguiente se celebró la boda, con sencillez y seriedad, en la capilla de la fábrica. Nadie había sospechado nada hasta aquel momento, porque los trámites preliminares se cumplieron en la mayor reserva. Asistieron tan solo las dos familias y actuaron de testigos, por parte de don Pascual, su hijo y el señor Reguera. La novia, modesta y pudorosa, no levantó los ojos del suelo durante toda la ceremonia. Ella fué la que

rechazó para alcoba nupcial la suntuosa que había pertenecido al matrimonio en vida de doña Mencía, prefiriendo una habitación clara y soleada del segundo piso. Esta alcoba estaba situada encima de la de Pascual, y unas horas después, éste confesaba al médico que lo que más le había hecho sufrir de todo había sido oír sobre su cabeza el ruido de los zapatos al caer en la alfombra.

\* \* \*

Han pasado más años. El hijo de Bañolas, terminados sus estudios en Alemania, se casó con la hija del diputado, y ahora es él quien ostenta la investidura del suegro y el que ha conseguido la carretera de mediodía y la rectificación del trazado del ferrocarril; pero el ferrocarril Dios sabe cuando se construirá y los obstáculos del Collet siguen siendo la perpetua amenaza de la fábrica.

Cuando se casó, su padre quería cederle todo el primer piso de la casa, pero Pascual se opuso resueltamente, y con la excusa de que ahora dirigiría él personalmente la fábrica, alojó al subdirector en el pueblo y se fué a vivir al *chalet* que aquél ocupaba. Gusta de vivir aislado, tanto mas cuanto que su esposa, el pajarillo minúsculo, está muy delicada de salud; tiene enfermo el estómago, y una cruenta operación en las entrañas la ha dejado estéril para toda la vida.

En cambio, don Pascual tiene dos hijos como dos soles, un niño y una niña. Los domingos, cuando van a misa al pueblo, la mujer, dándole filialmente el brazo a su marido, porque a don Pascual ya empiezan a flaquearle las piernas, han de pasar necesariamente por delante del *chalet* del director, y desde el estudio, situado en la planta baja, donde pasa trabajando locamente todas las horas que no está en la fábrica, Pascual no puede dejar de observar que el niño, su hermanito, se le parece extraordinariamente y que la niña es la misma estampa de Nieves cuando iba a la escuela y corría y saltaba al margen de los regatos de la huerta. Entonces va al otro lado de la mesa y reanuda el trabajo con más furia que nunca. Y al verle tan atareado los obreros de la fábrica le dicen afectuosamente:

—Ave María, señorito. Descanse un poco, que así como así, tampoco se ha de llevar el dinero al otro mundo. ¿Y sabe lo que consigue con trabajar tanto? Pues que a sus años parece usted más viejo que don Pascual.

En efecto, el hijo de Bañolas tiene todo el cabello blanco y el pecho se le hunde un poco más cada día. El padre, abotargado de su felicidad es el único que no lo advierte.

VÍCTOR CATALÁ

Traducción de RAFAEL MARQUINA



## EL JARDÍN DE LOS FRAILES \*

### II

**E**L colegio de donde venía pasaba por bueno. Caserón prócer, muros desplomados, sobre el dintel armas en berroqueña, suelo de guijas en el zaguán, oscuras salas cuadrilongas, húmedas, a los haces del patio, ensombrecido por la pompa rumorosa de los laureles y los cinamomos. En el estrado, a la diestra del Director, sucinta diputación del reino mineral, en un armario. Y a la mano siniestra, en cierta alacena, retortas con telarañas, probetas y tubos de ensayo en sus espeteras, desportillados, y cantidad de tarros con substancias desusadas y temibles, que de primera intención parecían cosa de botica. Profesor de física, un médico, por venir de facultad contigua a las ciencias experimentales; profesor de aritmética y geometría, un capitán retirado, ducho, como militar, en ciencias exactas. Pasantes famélicos, irrisión de la gente menuda cuando exorables, o azote funesto si las cóleras fermentadas en el lapso de su vida les tomaban con arrebató la cabeza. Las lecciones, por tandas; los estudios en común, y a voces, para

\* Véase LA PLUMA de septiembre, 1921.

meter por los oídos en los desvanes de la memoria, a favor de un raudal de sonos cadenciosos, las materias de no fácil recordación. Borrascas de lapos y cachetinas imbuían en los torpes la sintaxis del latín: más lágrimas he visto correr sobre el texto de los *Comentarios* que sangre vertió el propio César en el suelo de las Galias. Colegio bueno: confusión de voces, de torpezas, de resabios. En los Escolapios pegaban con vara; en el nuestro, quien más, atrapaba media docena de correazos. «Dios castiga, pero sin palo»; tal es el introito de la sabiduría infantil. Era patente que los maestros seculares se acercaban más que los eclesiásticos al poder de Dios...

Aridez, turbulenta grosería en el colegio; lóbrega orfandad en casa. Un espíritu tierno, como de niño, ambicioso de amor, empieza luego a tejer un capullo donde encerrarse con lo mejor de su vida, con todas esas apetencias, generosas o no, pero fervientes, que el mundo desconoce o pisotea. En esa edad, por el corazón se vive, tan solo. ¿Qué me importaban a mí los romanos, ni la noción de lo sublime, ni las luchas del Pontificado con el Imperio? Heroísmo, el mío; emociones, no la naturaleza exterior ni el estudio de los modelos, sino el divagar por la selva del alma me las brindaba; y en secreto, siempre. Los maestros preguntan de historia, de física, de agronomía...; pero de ese laberinto en que el mozo se aventura a tientas, con pavor y codicia del misterio, nunca. Larva de funcionario, que será por vocación padre de familia en cuanto se libre de quintas: así reza el cartel que a uno le cuelgan del pescuezo. Y entonces empieza el amarse a sí mismo con monstruoso amor, macerado en la soledad, y el zambullirse, culpable la conciencia, en el deleite de los ensueños. Porque toda la maleza que en tal sazón vamos viendo crecer y tupirse es sin duda el desorden, es el mal, es lo prohibido, lo vergonzoso y recóndito de que no se debe hablar. O acaso los demás no están dañados, y uno es el caso insólito: un monstruo. ¿Qué fardo ha creído uno llevar, o más bien ha llevado realmente sobre sí, en

la que llaman edad dichosa! Menester es aceptarse; no hay opción. ¡Pero aceptarse así, a escondidas, creyendo cometer un crimen, y asomarse con remordimiento y pavor a los veneros que en el fondo de nuestra humanidad bullen y nos fascinan...! Cuanto me ha reconciliado con la vida: el amor o el arte, el afán de saber o la amistad, el apego a la acción por la acción misma y el estímulo de añadir al mundo moral alguna criatura de mis manos no son sino las formas en que ha buscado empleo y saciedad aquella pujanza juvenil que entonces me puso miedo creyéndola ponzoñosa, y que todos, todos parecían ignorar, no sólo en mí, pero en el ser humano. Con más cordura, sumiso al orden, la hubiera destruído. La defendí; fui un rebeldillo, un enemigo, prestando al orden la aquiescencia mínima. Vivía para mí solo. Amaba mucho las cosas; casi nada a los prójimos. Amaba las cosas en torno mío; amaba los objetos triviales de mi pertenencia, porque eran dóciles y sugerentes y andaba en ellos algo de mi persona. Amaba mis libros, y el aposento en que leía, y su luz, su olor. Amaba la casa, tan temerosa en los anochecidos, rondada por las sombras de los muertos, llena, a mi parecer, del eco de ciertas voces extinguidas por siempre jamás. Y el patio, y un conato de jardín entre escombros, donde las tardes de la canícula, apenas puesto el sol, atendía a los furiosos giros de los vencejos en torno al chapitel del convento contiguo, a las campanadas del rosario, a las voces de las mujeres que iban a coger agua a la fuente del Hospital, y a otros rumores del pueblo desgarrado por la congoja vespertina. Amaba poco a las personas. Se me antojaba hostil su proceder. La más entrañable estaba casi tres cuartos de siglo distante de mí. Pero iban otros héroes y heroínas de mi talla a una plazuela sepulcral, pegada a los muros de San Bernardo—cedros y tilos entre acacias, y un estanque a rás del suelo ceñido de laureles rosa—, que oyó, en las noches del verano, las efusiones de nuestro delirio.

## LA PLUMA

En noches tales me acostaba feliz. De pronto, desde la alcoba tocante con la mía, me gritaban:

—¿Te has dormido?

—¡Aún no!

—¿Qué haces? Reza el Señor mío Jesucristo. ¡Si te murieras ahora caerías en el infierno! ¡Arder, arder siempre! ¡Por toda la eternidad...!

Era pavoroso, ¡y tan injusto! Devoraba la injusticia, del mismo sabor que mis lágrimas. Digo que paladeaba su amargura. Llevaba el corazón henchido de orgullo: teniendo razón contra todos, era su víctima.

—Tú vas a ir con los frailucos, nieto—me dijeron al acabarse aquel verano.

Fué más grande la sorpresa que el disgusto. Frailes, yo no los había visto. Alcalá fué en otros tiempos copioso vivero de insignes religiones. En los míos, era un pueblo secularizado, abundante en canónigos pobres y sin demasiado celo proselitista, adscritos a la nómina, que iban a ganarse el sueldo cantando en el coro de la Magistral: *Deus in adiutorium meum intende...* como otros empleados iban a la Administración subalterna o al Archivo. Había capellanes de escopeta y perro, o que imitaban al pie de la letra la vocación de los apóstoles pescando barbos en el Henares; curas de rebotica, y algunos goliardos. De los frailes quedaban los conventos, reducidos al cascarón, el nombre de los pagos más fértiles, que suyos fueron, y las memorias, frescas aún, de sus luchas por el rey neto en la era fernandina. Para la gente moza, el fraile era un tipo corpulento, con barbas y sayal, rasurado el cráneo, que lo mismo asestaba un trabuco contra franceses que azuzaba a los voluntarios realistas contra los «negros». ¿Y una caterva tan brava abría escuelas? ¡Dura cárcel me prometían! Pero el llanto era al desprenderme del orbe estrecho en

que solía imperar; donde fuese a dar con mis huesos me importaba menos.

Los parientes me dijeron adiós como si emprendiera la exploración del Amazonas. O tiraban a consolarme de aquel, a su entender, ilustre infortunio: «Es por tu bien. ¡Cuando seas hombre lo agradecerás!»

—¡Si tu abuelo levantara la cabeza...!—murmuró uno, acordándose de la ejecutoria doceañista de mis mayores.

Llevé por viático ósculos de monja. Me besó la prosecta Superiora, quien con tanto taparse y arroparse daba a su faz pachucha, asomada al marco redondo que le ponían los cañones almidonados de la toca, no sé qué calidad de carne indecente, de obscena desnudez. Las buenas madres me sonreían tiernamente. Mostraban prendido en el pecho un corazón de trapo vomitando llamas. No su fuego, sino el tamiz de las cortinas bermejas vertía en el locutorio vislumbres de púrpura. Y con despedirme de las cosas, por parecerme que en faltando yo unos meses nunca volvería a verlas (aún no había aprendido cómo nos vence su permanencia), amanecí en El Escorial, donde no tuve otra impresión el primer día que la de entrar en un país de insólitas magnitudes. Me recibió el Padre Valdés, y alzándose las gafas hasta la frente, mirándome con los ojillos entornados, me preguntó:

—Tú, ¿por qué estudias? ¿Por convicción?

Respondí con risas y encogimientos de hombros. Me dejé llevar a mi celda, y luego me incorporé a cuatro bigardos que estaban en el patio oyendo contar historias de mujeres. El narrador era un andaluz granujiento, que escupía por el colmillo y apestaba a yodoformo.

## LA PLUMA

### III

Hay que ser un bárbaro para complacerse en la camaradería estudiantil. Por punto general, entre escolares, los instintos bestiales salen al exterior en oleadas y, so pretexto de compañerismo, allanan las barreras que, para hacer posible la vida en sociedad, erige la educación. Una masa de estudiantes degenera velozmente en turba, ligada por la bajeza común. Y todo hombre que no esté atacado de futilidad incurable y aspire a formarse en el curso de la vida una conciencia noble, no hace sino emanciparse de aquella necesidad primaria, que cuando más es, no rebasa el nivel de la licencia chabacana y sin sentido. Muchas gentes acarician las memorias de sus años estudiantiles, ponderan su dulzor y vuelven hacia ellos los ojos tiernamente, pensando que fueron la edad de oro de su vida. Es aberración del entendimiento, a no ser que los tales hayan arribado a situación más aflictiva, por ejemplo: a presidiarios, o rememoren en efecto la juventud que ya perdieron, sin discernir entre su esencia y los accidentes pintorescos.

No tengo por qué alabar la sociedad del colegio. El fastidio de tantas horas vacías devorado en común, la pesadumbre del encierro, la privación de afectos suaves y el ver frustrados los gustos individuales por el rasero de la disciplina uniforme, añadían no sé qué punto ácido a la mezcolanza de los modales e inclinaciones divergentes. Mundo en miniatura, gota de agua, donde era hartamente más difícil que en la charca en que me ha tocado vivir el uso de estos lenitivos contra la aspereza del trato humano: elección y soledad. Aislarse parecía sospechoso, o siquiera raro. Más lo parecían, por algunos escarmientos que hubo, las amistades particulares. Formábanse, con todo, asociaciones limitadas que, en lo más sabroso y cordial de ellas, eran

secretas. Qué destino presidía en su nacimiento, yo no lo sé. Afinidades profundas y sólidas no serían, porque no he visto subsistir ninguna fuera de los muros del colegio, y las amistades que conservo desde tan lejos, no son sino amistades rehechas, injertas en el antiguo tronco, pero maduras en otra sazón y tocadas con otro contraste. El brote de aquellas preferencias apasionadas era, pues, azariento; no venían determinadas por elección verdadera, y lo que se ponía en común era un sentimentalismo caedizo y fátuo, irritado por falta de empleo. Uníanse en piña cerrada un cabecilla y dos o tres secuaces. Mostrábanse juntos en el billar, en el gimnasio y demás recreos. Hacían rancho aparte en los holgorios campestres, cuando nos llevaban al Batán o a la Fuente de las Arenitas a comer la paella de reglamento. Tenían reuniones clandestinas en alguna celda, por la tarde, para jugar al monte y al tresillo y leer novelas, o bien, de raro en raro, por la noche, hasta las altas horas, sobre todo en el buen tiempo, estándose de codos en la ventana, en inocente contemplación, callados, para oír el concierto del álamo sonoro y del sapo flautista y embriagarse en el oreo voluptuoso de la Herrería. Y a la función de suplir por la intimidad de que el colegio hacía tabla rasa, estas alianzas acumulaban otra, puramente defensiva contra los desmanes ajenos.

La sociedad del colegio enseñaba a ser cauto. No había que fiar mucho en los arranques compasivos de los mozalbetes; por añadidura, se recriaba allí un enjambre de zánganos, de haraganes de café (recluidos en El Escorial para tentar fortuna en los exámenes al amparo de la supuesta influencia de los frailes), gente careada al vicio y no limpia de baratería, que se alzaba con la prerrogativa de escoger el hazmerreir del colegio. Proveían el cargo con ineptos, con tímidos, con algún afeminado o algún triste que anduviesen vagando entre filas sin haber hallado cobijo amistoso. La Universidad le reconocía por víctima; mas, con reirse de él a toda hora y mentarle con despre-

## LA PLUMA

cio, no dejaba de advertir que una protección singular le amparaba, cubriéndole contra las agresiones de los estudiantillos de poco más o menos: era que cualquier Maniferro o alguna pandilla de igual calaña se apropiaban del infeliz y le socorrían con la limosna de una tutela aparente a cambio de soportar en silencio burlas, denuestos y, por descuido, algunos golpes. Los más caían en tal servidumbre contra su voluntad, por falta de arrestos para concertar entre iguales aquellas ligas de protección. Pero otros mentecatos, a quienes hubieran debido poner en manos de los médicos, aceptaban de grado esa vida, la más torturante que a sus años podían llevar, por el aberrado gusto de hombrearse con los doctores del vicio y parecer uno de ellos.

Estímulos de esta índole preponderaban en la sociedad del colegio. Propensos a echárnoslas de hombres avezados, no había más cabal signo de hombría que el aventajarse en experiencia sexual. El erotismo exacerbado por el encierro, atenazaba la imaginación, apartándola de todo otro cebo, y el colegio brincaba animalmente, azuzado por la brama. La insurrección de la carne alumbraba siempre aquel vivir, incluso cuando se triunfaba de ella: la conciencia religiosa se iba formando en esa lucha; lo que nos atosigaba no eran dudas teologales; y ciertas formas de religiosidad exaltada y duras penitencias y mortificaciones de que se tuvo noticia no estaban, en lo hondo, limpias de fermentos de lujuria. Casos de contagio fulminantes hubo muchos: ninguno más notable que el de un madrileño de sangre azul, que llegó de Inglaterra, donde se había educado, sin saber articular dos palabras en castellano y cándido como una paloma. Tenía diez y ocho años. En muy pocos días aprendió a emborracharse y a blasfemar como el más terne, y a jactarse de la suciedad de sus nuevas costumbres. Era una diversión oírle ensayar con lengua estropajosa el vocabulario que iba adquiriendo.

El retiro en la celda debiera haber sido el más gustoso remedio.

contra los sentimientos desapacibles que la perenne convivencia de tantos jovencuelos no podía por menos de fomentar. Encerrarse entre las cuatro paredes era salir a otro mundo, y al recuperar la posesión tranquila de sí mismo, se alejaba infinitamente aquel en que uno solía estar, como si el alma, agigantada de súbito, lo perdiese de vista. Mas no todos, por de pronto, podían soportar la soledad. Algunos hablaban con terror de las horas que por obligación habían de pasar en la celda: el aislamiento durante el estudio, ya de noche, era para los tales un suplicio. Se paseaban arriba y abajo en el aposento, como fieras enjauladas, o leían en alta voz o canturreaban, porque al oírse se creían más acompañados. Conocíamos además una disposición del ánimo, una manera de tedio, específica del colegio, que en el aislamiento se enconaba, lejos de curarse. Era un descontento sin causa aparente, un aborrecimiento de sí, donde venían a condensarse el cotidiano displacer de la personalidad en ciernes y los chascos por que ya se juzgaba acreedora de la vida. No nos apretaba la tristeza, sino el furor, o entrábamos cuando menos en una predisposición a la cólera muy peligrosa y pasábamos del abatimiento a la iracundia por la ocasión más fútil. Entonces el colegio parecía solitario, frígido y repelente como nunca. Entonces las personas parecían más encastilladas, más incomunicables.

Estos eran los accesos violentos de un mal que, atenuado, padecían todos: la pesadumbre del tiempo. El tiempo nos aplastaba, y como estaba tan vacío, era menester que llevásemos encima montañas de tiempo, masas de tiempo incalculables, para sentirnos así agobiados; hubiéramos querido volarlas, despedazarlas; hubiéramos querido asesinar el tiempo. Era nuestro enemigo, pues se interponía entre el momento presente y el indeciso mañana, en que la vida iba a empezar a ser valiosa. El espíritu adquiría el hábito de no contar con el instante que pasa y de proyectarse violentamente sobre el futuro, sobre un futuro sin fecha ni nombre, que no tenía otro valor que el

## LA PLUMA

de ser escapatoria abierta en el hoy. Todo en nuestra regla nos inducía a creernos en un punto de espera desdeñable: en primer lugar, el aparato formal y la razón de aquel vivir sujetos hasta que fuésemos hombres; y después, la absoluta ociosidad en que yacía nuestro espíritu. Ello parecerá inverosímil a quien pretenda que a un mozo la disciplina del colegio le induce con firme suavidad al recogimiento. Yo no me he encontrado nunca, interiormente, menos dirigido. Iba, como Don Quijote al surcar el Ebro, en una barca sin remos ni jarcia alguna; no es mucho que se despedazase. Todas las noches, antes de acostarnos, entrábamos en la capilla; un fraile nos exhortaba: «¡Pongámonos en la presencia de Dios y démosle gracias por los beneficios recibidos!» De haber tenido entonces el juicio más afilado y sobre todo más atento, hubiera hecho en aquellos minutos de meditación comprobaciones angustiosas.

### IV

Una noche de invierno mi compañero C. oyó golpes débiles en un tabique de su cuarto. Se arrojó de la cama; a medio vestir pasó a la celda contigua. Era la del Padre M. Halló al fraile incorporado en el lecho, envuelto el tronco en una manta. Sobre la colcha yacía un libro abierto. Con voz mustia el Padre le dijo:

—Socórrame, por Dios. Me he quedado frío leyendo y no puedo desdoblarme.

Le ayudó a estirarse. Llamaron al enfermero. Fray Marcelino, lucio y sonriente, acudió con unas friegas, y el Padre cobró un poco del calor que le negaba su pobre sangre. No fué corta nuestra algazara cuando al día siguiente, en cátedra, el mismo fraile nos contó su apuro. Era, en efecto, de inverosímil flaqueza, macilento de color y

de ánimo, y más de una vez creímos que moriría así, destruido por clima tan rudo. La sonrisa amarga que de tarde en cuando se despe- rezaba por entre sus barbas densas de cuatro días, y aquel mirar de carnero triste con que acompañaba la relación de su penuria, le hacían, más que lastimoso, repulsivo. Tenía un pronto desapacible, ágrío quizá; antojábase hombre de rigor y esquinado; en el fondo sólo era exánime. A este fraile en cecina llamábasele en el colegio «la Pescada». No sé si vive o está muerto. Es probable que el ventarrón de El Escorial lo haya arrebatado y se halle, nuevo Elías, vivo en otra esfera.

Dos años arreo me tuvo este fraile bajo su laxa férula. El achaque de sus dolencias servíale para escurrir el bulto como un estudiantillo disipado. Todavía, al profesar el derecho canónico, el peso de su reputación propia le obligaba a contenerse. Teníanle sus correligio- narios en opinión de canonista de muchísimos quilates: nunca le oí sino parvas glosas de un texto raquíptico; pero era asiduo, y grave, y bien se veía que había leído unos libros mucho más gruesos que nuestros pobres libros. Premioso en el discurso, no más suelto de lengua, al empezar a salirle de la boca los períodos, despacio, rep- tantes, entablillados con muletillas y apoyaturas, parecía como si se le volviesen hacia adentro, y los mascullaba, tornando a proferirlos entre náuseas, mientras movía la mano flaca que le colgaba con des- mayo de la muñeca, como un trapo pendiente de un asta. Usaba sin tino de los adverbios de modo: «El concilio de Nicea, que general- mente se celebró el año de tantos...», solía decir. Entre su saber, inco- municable, y nuestra desgana, quedaba una zona muerta que nin- guno intentó salvar. Andábase por ella el Padre musitando cánones con respeto, con unción, poseído de religioso temor ante una mate- ria de tan augustas concomitancias.

Sellamos pacto de alianza con el fraile al curso siguiente, cuando vino sin pensarlo a regentar otra cátedra. El pobre, al pisar terreno

## LA PLUMA

nuevo, no supo dónde dar con sus huesos: se pasó a nuestro bando. Los simoníacos, Prisciliano, Trento, Letrán... son grandes nombres; pero la ley de Minas, las Diputaciones provinciales, lo Contencioso, antes de que sólo se trata en las oficinas públicas. Un mismo asco invencible nos unió, y, puesto que habíamos de correr juntos aquella mala fortuna, resolvimos adoptar la postura más cómoda: la decisión tácita fué que nos ocuparíamos del derecho administrativo tanto como de las lluvias de antaño. Suspendimos el uso de bajar a las aulas, que eran muy frías: el Padre nos convocaba en su celda, y haciéndonos sentar en torno de la mesa abría el libro de texto por el capítulo de tanda. Los alumnos proseguíamos a media voz el coloquio comenzado en los pasillos, o lo abríamos gravemente, dejando caer en los silencios bien medidos alguna palabra dicha por la intención del fraile, que no dejaba de acudir al señuelo, y la conversación, al punto, revivía por más de una hora. Nuestros temas, graduados en función de su poder aliciente, eran el tiempo, la política, la insurrección de Filipinas. La historia anecdótica de El Escorial, las glorias agustinianas y algún cuentecillo o chuscada, traídos de Madrid por los escolares mismos, componían el picante sainete. Cuando, por raro caso, ni la lluvia, ni el viento, ni la nieve, ni el calor o el frío, ni Sagasta, ni Cánovas, ni Don Carlos, ni los republicanos, ni «el compañero Iglesias», ni otros cebos apetecibles daban con su virtud en tierra, nos bastaba pronunciar, a manera de ensalmo, alguna palabra de estas: Rizal, Polavieja, Ymus; o bien: masones, prisioneros, autonomía, para que el Padre se despabilara y clavándonos la mirada mortecina inquiriese. «¿Qué? ¿Pasa algo nuevo? ¿Qué dicen?» A veces, la campana que nos llamaba a comer rompía el coloquio.

—¿Tienen alguna dificultad en la lección de hoy?—preguntaba el Padre.

—No, señor; ninguna.

—Entonces, para mañana la siguiente.

Este maestro gélido gustaba de sacar al sol su pereza. A veces, en los días de primavera precoz que suele traer febrero, nos llevaba a pasar la hora de clase en el jardín de los frailes. Salíamos tras él de la Universidad, como a hurtadillas, y por las galerías que cierran la Lonja, del lado de los Alamillos, ganábamos la de Convalecientes y luego el jardín. Íbamos desde la oquedad fría de nuestros corredores, desde la desnudez agria de las paredes blancas, desde los ruidos tristes del Colegio, a bañarnos en el aire azul en un ámbito vaporoso, sin límite, protegidos por el silencio flúido de uno de los lugares deleitables del mundo, donde reina el egoísmo certero de las lagartijas. Estos animalillos se dejaban difícilmente sorprender por nuestra saña. Despatarradas en la barbacana, sobre el voluptuoso lecho de líquenes viejos que vegetan en el granito, en sintiéndonos llegar se arrojaban de golpe a las madrigueras. Allí las íbamos a buscar, hurgando en los intersticios de los sillares. Algunas nos dejaban entre los dedos su apéndice caudal; nuestra cultura era ya demasiado fuerte para creer que los quiebros y meneos de los rabillos cercenados fuesen—como nos enseñaron en la infancia—maldiciones. El hechizo del jardín a tales horas era un sosiego gozoso, una paz—paz sin melancolía ni barruntos, paz toda en sazón y fluente—que nos devolvía el alma a la externa quietud dominical, donde se mece en la holgura que dejan las normas cotidianas abolidas. El sol reverberaba en las pizarras, en los cristales, en la haz del estanque: el lienzo de granito, entre las dos torres, hiriente e impasible y sin fondo, por lo común, se arropaba en una atmósfera más densa, suave, donde temblaba la luz. Y en el aire, cargado del efluvio de los bojes, había ya un esplendor, promesa del regocijo de la Pascua. ¡Qué bueno el sol, metiéndose por las ventanas en las celdas de los frailucos, llevándonos tanta alegría y esta paz! Uno asoma su bulto negro, estáse mirándonos muy quieto y de pronto ha desaparecido. Otro se ensaña en arrancarle a un violín vagidos discordes. Estarán todos en sus

## LA PLUMA

celdas, quien leyendo o meditando, quien paseándose arriba y abajo con el breviario registrado en la mano, farfullando el rezo. Y el Padre Víctor, en la sala prioral estará enseñándoles Madrid a unos visitantes forasteros, con aquel catalejo puesto en un trípode. De pronto una campana voltea, voltea dentro del monasterio. Los frailes salen de sus celdas, siguen los claustros lóbregos, cruzan por el lucernario donde está una fuente que surte agua por cuatro caños en un pilón de granito, y entran en el refectorio, tan frío, con relente a condumios. Nuestras horas son otras. Nos quedamos en el jardín. Me gusta echarme en la barbacana, cara al cielo, con las manos bajo la nuca, inmóvil por no despeñarme a la huerta. El hortelano sorrapea el suelo, suelo blando, vahante; se oye el tintineo de la azada al chocar en las pedrezuelas. La galería y el árbol, la torre y la montaña periclitán; uno está como suspenso en el aire, y le sale al encuentro la cigüeña, que se alza ensanchando sus giros y lleva en el pico leña para rehacer su casa en la chimenea y en la garra un palitroque.

MANUEL AZAÑA

*(Continuará.)*





# MANANTIALES EN LA RUTA

(LIBRO INÉDITO)

## DINERO

*Dinero que yo no tengo,  
dinero que tú tendrás;  
ensueños que yo poseo  
y que tú no poseerás.*

*Un día nos moriremos,  
nos llevarán a enterrar:  
serán las fosas iguales  
y la tierra será igual.*

*Se harán ceniza tus manos,  
las mías también se harán;  
las tuyas de gastar oro,  
las mías de no gastar.*

*Será polvo tu cabeza,  
la mía polvo será;  
la tuya de pensar poco  
y la mía de pensar...*

LA CARRETERA BLANCA

*¡Carretera blanca de mi pueblo! Lento  
caminar del coche por sus curvaturas;  
carretera hecha para el sol y el viento  
y para el olvido de mis amarguras.*

*Yo siempre que viajo voy en el pescante  
enfermo de sueños y misantropía,  
con los ojos fijos en lo más distante,  
buscando el camino del próximo día.*

*Y las horas pasan y el coche camina;  
en el mar navegan los blancos veleros,  
el sol en los montes lejanos declina,  
y mi alma siempre por otros senderos...*

*Es la carretera para mí un camino  
por donde viajo con el corazón,  
al par que en lo ignoto soy un peregrino  
que lleva en sus alas la imaginación.*

*Llenan la campiña árboles frutales,  
bajo sus ramajes se escucha una voz,  
y las amapolas entre los trigales  
parecen las huellas de un delito atroz.*

*Ladran los mastines de viejos pastores,  
y el alma recoge sus dulces ladridos  
que para su amable ternura son flores,  
rumores de fuentes y cantos de nidos.*

*¡Casas de la orilla de la carretera,  
de techos bermejos y puertas cerradas,  
tenéis el cariño de mi alma viajera  
oculto en el polvo de vuestras fachadas!*

*¿No hay una muchacha bella y ruborosa  
que se asome al marco de vuestras ventanas,  
cuando es oro el cielo y es la tarde rosa  
y en los corazones hay son de campanas?*

*¿Qué viajero extraño la suerte ha tenido  
de escuchar un canto tras esas vidrieras,  
en cuyos cristales el polvo ha vencido  
a todas las brisas de las primaveras?*

*¿Qué sol, de qué día, de qué mes del año,  
penetró en el fondo de estas casas viejas,  
que en silencio dicen historias de antaño  
que aún guardan sus largas techumbres bermejas?*

*...Los caballos trotan arrastrando el coche,  
mis ojos se pierden en la lejanía,  
los montes azules anuncian la noche  
y en el alma brota la melancolía.*

*Los árboles verdes se quejan al viento,  
el mar torna oscuro su azul cristalino;  
mi corazón tiembla, y mi pensamiento  
recoge el encanto que hay en el camino...*

## CANTOS DISPERSOS

### CANSANCIO

*Yo me canso del camino...  
Sin embargo, hay que pensar  
qué amargo será el destino  
del que no tiene camino  
que andar...*

### AMOR

*¡No se salvará mi vida  
de esta dolencia fatal,  
porque es la mano homicida  
la misma mano elegida  
para que me cure el mal!*

FERNANDO GONZÁLEZ



## PÁGINAS INACTUALES

# DEL ESPÍRITU DE CONQUISTA

**C**UANDO *un pueblo es naturalmente belicoso, la autoridad que le domina no necesita de engaños para arrastrarlo a la guerra. Atila mostraba con el dedo a los hunos qué parte del mundo iban a devastar, y allá corrían, porque Atila era mero representante y órgano de su impulsión. Pero en nuestros días, como la guerra no procura a los pueblos ventaja alguna y es sólo manantial de privaciones y de padecimientos, la apología del sistema de conquista sólo puede descansar en sofismas e imposturas.*

*Ningún Gobierno, aun abandonándose a proyectos gigantescos, se atrevería a decir a su nación: «Marchemos a conquistar el mundo». La nación le respondería con voz unánime: «No apetecemos la conquista del mundo». Pero hablaría de independencia nacional, de honor nacional, de redondear las fronteras, de intereses comerciales, de precauciones dictadas por la previsión, ¿de qué más? No lo sé. Porque el vocabulario de la hipocresía y de la injusticia es inagotable.*

*Hablaría de independencia nacional, como si la independencia de una nación se viera comprometida porque otras naciones sean también inde-*

pendientes. Hablaría de honor nacional, como si el honor nacional se lastimase porque otras naciones conserven el suyo. Alegaría la necesidad de redondear las fronteras, como si tal doctrina, una vez admitida, no extrañase de la tierra el reposo y la equidad; porque siempre es en el exterior donde los Gobiernos quieren redondear sus fronteras. Ninguno ha sacrificado, que se sepa, alguna porción de su territorio para dar al resto mayor regularidad geométrica. Así, el redondear las fronteras, es un sistema cuya base se destruye por sí misma, cuyos elementos se combaten entre sí y cuyo empleo, como sólo descansa en la expoliación de los débiles, contagia de ilegitimidad la posesión de los fuertes.

Cualquier autoridad que quisiera acometer hoy conquistas extensas veríase condenada a esa serie de vanos pretextos y de mentiras escandalosas. Culpable sería, ciertamente, y no trataremos de atenuar su crimen; pero el crimen no consistiría en los medios empleados: consistiría en elegir voluntariamente una situación que acarrea el empleo de tales medios.

Tendría, pues, que hacer la autoridad, sobre las facultades intelectuales de la masa de sus súbditos, la misma labor que sobre las cualidades morales de la porción militar. Tendría que esforzarse por desterrar toda lógica de la mente de los unos, como antes habría tratado de ahogar los sentimientos de humanidad en el corazón de los otros; las palabras perderían su sentido: el nombre de moderación presagiaría violencia; el de justicia anunciaría iniquidad..., y sería tanto más corruptora esa hipocresía cuanto que nadie creería en ella, porque las mentiras de la autoridad no son funestas solamente cuando extravían y engañan a los pueblos: lo son igual cuando no los engañan.

Los súbditos que entreven la doblez y la perfidia en los de arriba, se amoldan a la perfidia y a la doblez. Quien oye calificar de gran político al jefe que le gobierna, porque cada línea que publica es una impostura, desea a su vez ser gran político en una esfera subalterna; la verdad le parece simpleza, habilidad el fraude. Si antes mentía sólo por interés,

## LA PLUMA

*mentirá en lo sucesivo por interés y por amor propio. Se envanecerá de ser granuja; y si ese contagio entra en un pueblo esencialmente imitador, en un pueblo donde lo que más se teme es pasar por tonto, la moral privada no tardará en perecer al naufragar la moral pública.*

*...Si suponemos, no obstante, que todavía flotan vestigios de razón, ello será, por ciertos respectos, un nuevo mal añadido a tantos otros. La opresión tendrá que suplir por la insuficiencia del sofisma. Buscando cada cual el modo de sustraerse a la obligación de verter su sangre en expediciones cuya utilidad nadie ha podido demostrarle, menester será que la autoridad pague a una turba ávida, destinándola a quebrantar la oposición general. Se verá entonces recompensar y fomentar el espionaje y la delación, eternos valedores de la fuerza cuando crea deberes y delitos ficticios; se verá a los esbirros, sueltos como perros fieros, por ciudades y campos, perseguir y encadenar a los fugitivos, inocentes a los ojos de la moral y de la naturaleza; a una clase preparándose para todo género de crímenes, por el hábito de violar las leyes; a otra clase familiarizándose con la infamia, por vivir del infortunio de sus semejantes; a los padres castigados por las culpas de sus hijos; el interés de los hijos divorciado así del de los padres; a las familias obligadas a escoger entre reunirse para la resistencia o dividirse por la traición; el amor paternal transformado en delito; la ternura filial tenida por rebeldía. Y todas esas vejaciones vendrán impuestas, no para una defensa legítima, sino para adquirir unos países lejanos, cuya posesión nada añade a la prosperidad nacional, a menos que no se llame prosperidad nacional a la vana nombradía de algunos hombres y su funesta celebridad.*

*...Algunos se admiran de que ciertas empresas, por maravillosas que sean, no produzcan en nuestros días sensación. Es que el buen sentido de los pueblos les advierte que tales cosas no se hacen en su servicio. Como los jefes son los únicos que en ellas se gozan, se les hace cargar solos con la recompensa. El interés por la victoria se concentra en la autoridad y sus criaturas. Se alza entre el Poder, agitado, y la muchedum-*

*bre, inmóvil, una barrera moral. El triunfo es un meteoro estéril; apenas si, por contemplarlo un momento, alzamos la cabeza; hasta nos aflige a veces, como aliciente ofrecido a los desvarios. Lloramos por las víctimas, pero el fracaso es apetecible.*

*Las naciones comerciales de la Europa moderna, industriales, civilizadas, dueñas de un territorio lo bastante extenso para cubrir sus necesidades, y que mantienen con los demás pueblos relaciones cuya mera interrupción equivale a un desastre, nada tienen que esperar de las conquistas. Una guerra inútil es, pues, el atentado más grave que puede cometer hoy un Gobierno: conmueve, sin compensación, las garantías sociales; pone en peligro todo género de libertad; lastima todos los intereses; conturba la seguridad; pesa sobre las fortunas; combina y autoriza todos los modos de tiranía interior y exterior; introduce en las formas judiciales una rapidez destructiva de su santidad y de su fin; tiende a representar a todo hombre a quien los agentes de la autoridad miren con malos ojos, como cómplice del enemigo extranjero; deprava a las generaciones nuevas; divide al pueblo en dos partes, que mutuamente se desprecian y pasan de buen grado del desprecio a la injusticia; prepara, con las destrucciones pasadas, las futuras; compra, con los males presentes, los del porvenir.*

*Es necesario repetir a menudo estas verdades; porque la autoridad, en su desdén soberbio, las trata de paradojas, llamándolas lugares comunes.*

BENJAMÍN CONSTANT





# LETRAS ALEMANAS

CARL STERNHEIM

**E**N mi precedente crónica de «Letras alemanas» hablé de Gustav Landauer—filólogo, sociólogo y ensayista. Un hombre así se sus-  
trae a toda clasificación, y su significación rebasa los límites de una escuela o de una estética. Hablé de él porque representaba uno de los aspectos más atrayentes del genio alemán contemporáneo, y también porque su triste muerte heroica ha hecho del crítico de Shakespeare el símbolo intelectual de la revolución, como Liebknecht es el símbolo político.

Quiero reanudar hoy el estudio del expresionismo, del que, en mi primer artículo, ya me esforcé en trazar las líneas generales características. Me propongo estudiar como se merecen a los que han levantado ese movimiento de renovación literaria hasta el plano europeo, haciéndolo entrar en el patrimonio de Occidente. Y como me repugnan las enumeraciones y las listas por orden de méritos, consagraré tres crónicas a estudiar sucesivamente a los tres expresionistas de la pluma más grandes: Carl Sternheim, novelista y dramaturgo; Kasimir Edschmid, cuentista y crítico, y Franz Werfel, poeta.

\* \* \*

Carl Sternheim, en la época de tanteos, pero también de victorias y de realizaciones en que se afirma la literatura alemana contemporánea, ocupa un puesto primordial, desde dos puntos de vista: en el teatro, para el que ha escrito las obras más decisivas, acaso, de su generación; y en la novela, donde

otras dos obras de vasta envergadura, *Europa*, y *Chronik d. Beginn XX Jahrhunderts*, han dado a la prosa expresionista una textura menos seductora que la de la prosa de Kasimir Edschmid, pero más sólida.

Carl Sternheim es el tipo del «cerebral». Se proclama a sí mismo el hombre más inteligente de Alemania, y, como en todas sus paradojas, tampoco en esta se engaña. No creo que a Sternheim le hayan refutado nunca o cogido en falta. La pujanza y la obstinación de este hombre en tener razón son de una crueldad implacable, y puede decirse de él, más que de ningún otro escritor, que posee una «inteligencia terrible».

Carl Sternheim, antes de la guerra, llevaba una vida europea. Gozando de la libertad que le daba su fortuna, pasaba la vida instruyéndose con los viajes, o más bien, con residir en todos los países occidentales, e investigando minuciosamente la vida de las sociedades en sus diversos órdenes. La guerra le sublevó, pero como era demasiado cínico y demasiado pesimista para convertirse en apóstol, se contentó con oponer a la guerra su denegación personal, y refugiado en Suiza, escribió libros densos, notables, donde se afirmaba la persistencia europea.

He dicho «densos», y estoy tentado de escribir misteriosos. La estética de la novela en Sternheim, su estilo y su lengua, son como para repeler a un extranjero; mientras que sus dramas, siempre de extremada tensión, no ofrecen al espectador motivo alguno de inquietud, sus novelas engendran pavor y recelo. Una anécdota pretende que Stendhal leía, antes de ponerse a escribir, unos capítulos del Código civil, a fin de empaparse en su concisión y sequedad. Diríase que Sternheim sigue su ejemplo, usando, en lugar del Código, la geometría de Euclides. Su pluma va trazando en las frases triángulos y rectángulos de aristas hirientes; cuanto pudiera desviarla se suprime o se destruye, o queda relegado al final de las proposiciones; no sólo se sacrifican los adjetivos, sino los verbos y los sustantivos; todo se amolda a su fantasía y a su antojo, a la necesidad de su concisión.

Hablo aquí de *Europa* y de la *Chronik*, densas novelas en dos volúmenes, donde, en el marco geográfico de Europa occidental, se desenvuelven todas las peripecias y aventuras de la historia contemporánea. Un repaso de acaecimientos auténticos se entreteje con la novela propiamente dicha, pero siempre prevalecen aquellos acaecimientos, y en torno de ellos Sternheim acierta a postrar de hinojos la atención de sus lectores. Por lo demás, de sus libros no se saca conclusión alguna: son meros testimonios, simples relatos, de gran elevación de miras y de rara claridad, pero sin fines apologéticos.

## LA PLUMA

Desde hace un año Carl Sternheim ha publicado, para servir de contraste a esas obras tan recias, dos novelitas satíricas, la primera acerca de *Berlín*, la segunda titulada *Fairfax*, que a mis ojos tienen más preciosa significación e importancia que las precedentes.

Sobre todo, me parece valioso *Fairfax*, ya que *Berlín* no está exento de cierto periodismo, de índole superior, en que el ingenio peca de fácil y de no mucho relieve.

Pero no ocurre lo mismo con *Fairfax*; hay en él, incluso, una evolución artística, y la lengua es mucho más clara. Sin embargo, no creo que de eso pueda inferirse que las concepciones del escritor se han modificado. *Fairfax* es una obra de carácter muy especial: es un breve bosquejo, henchido de alusiones, pero sobrio en los detalles, y que narra en forma casi esquemática el encuentro de la América de los multimillonarios y del Occidente en la agonía.

Sternheim, como si ansiara descansar tras el dilatado esfuerzo que viene haciendo desde seis años a esta parte, se distrae con esta *nouvelle*, en la que reaparecen la ferocidad crítica y el humor de sus comedias.

La Alemania nueva, como la de ayer, entiende poco de humorismo, y el capítulo de la sátira, en su literatura, se reduce a pocos nombres y a pocas obras, de una importancia relativa. (Sólo hablo aquí, por supuesto, del siglo XIX, y más particularmente de la Alemania imperial). Ha acogido, pues, con estupor mezclado con recelo ese *Fairfax* inesperado, y hace en torno suyo mucho ruido, tanto más, cuanto que por la facilidad del texto no queda esta vez limitada su posesión a un corto número de escritores o de curiosos.

*Fairfax* ha ganado una fortuna fabricando municiones. Cuando la paz viene a poner fin a su industria, trata en vano de acomodar ésta a aquélla. Al punto se embarca para Europa, con su hija Daisy y un séquito abigarrado; visita luego—iba a decir oficialmente—Inglaterra, Bélgica, Francia, Suiza y Alemania.

Es imposible seguir a Sternheim y a *Fairfax* en todos los giros y revueltas de sus aventuras. Se trata de una historia muy viva de color, donde se va insertando la sátira del mercachifle internacional, del servilismo europeo ante el dólar, y de la mentalidad que ante los apuros y el suicidio de Occidente delatan los que nuestra candidez idealiza. El interés y el valor extraordinario de este librito residen en la inteligencia con que el autor ha condensado en pocas páginas los rasgos capitales de todas nuestras psicologías europeas, añadiendo las anécdotas bastantes para que el héroe despliegue ampliamente su carácter.

Para darse cuenta de la magnitud de la empresa a que ha dado cima Carl

Sternheim en este librito de ochenta páginas, y de su perfección, es menester analizarlo. Desde el punto de vista técnico me persuado que el autor no ha hecho nada tan cabal ni—empleando una palabra manoseada, pero clara—más fuerte. La maestría que supone (sin ostentarla insolentemente) es infinita, y no creo que haya en Francia muchos hombres capaces de casar, con tan verdadera grandeza, la sobriedad y la precisión. *Fairfax* es una de las obras maestras de la literatura europea del nuevo régimen, y su carácter cruelmente humano le confiere, ahora que la novela de aventuras sume en la extravagancia a las multitudes desorientadas, un valor de eternidad a que pocos libros de hoy pueden aún aspirar.

Si insisto de este modo en *Fairfax* es lo primero a causa de ese excepcional valor y después porque es una de las grandes novedades de la librería alemana. Pero no olvido, en provecho de *Fairfax*, *Europa* ni la *Chronik d. Beginn XX Jahrhunderts*, que, por la vastedad de su desarrollo y la pujanza de su psicología, son una especie de epopeya, y quedarán entre los documentos más preciosos de nuestro tiempo y de nuestra generación. Pero, como ya he dicho, hay en estas obras una parte de reporterismo (que Sternheim no niega y que ha querido compensar con su estilo hermético), mientras que *Fairfax* es una síntesis y una conclusión.

Sin embargo, por mucha que sea la admiración que merezcan tantas grandes obras, la prosa no será, en mi sentir, el título de gloria más decisivo de Carl Sternheim, y el porvenir se detendrá más, pienso yo, ante su teatro.

En el teatro, Carl Sternheim es el Wedekind de su generación, es decir, el hombre que representará esta época de concentración artística, esta crisis que más tarde se llamará el Expresionismo. Con Ibsen y Strindberg, con Tchekhov y Andreieff, con Bernard Shaw y J. M. Synge, Sternheim es uno de los genios auténticos del teatro contemporáneo.

Sus dramas son muchos. Su estilo carece de la complicación voluntaria que crucifica su prosa—ya lo he dicho—en marcos geométricos. No contemplan, como sus novelas, las costumbres y la filosofía del siglo, sino las costumbres y la filosofía de los hombres. Su teatro no está en modo alguno ligado a la atmósfera contemporánea; el asunto de las obras dramáticas de Sternheim es el hombre con sus cualidades y defectos eternos. Por eso han podido llamarle el «nuevo Molière», nombre que él ha recogido gozoso.

El teatro de Sternheim es, sin embargo, de la misma casta que sus novelas. Las mismas preocupaciones lo animan, y en el uno como en los otros, su inteligencia roe, como un ácido, cuanto toca. Despoja a sus personajes de todos

## LA PLUMA

los oropeles, de todas las convenciones, e incluso de todas las tradiciones. Si su estilo es como el esqueleto de la prosa alemana, la intriga de sus dramas es como el esqueleto de la vida cotidiana, observada en todas sus caras. Domina de tal modo a sus personajes, penetra tan profundamente en sus pensamientos, en el remolino de sus sensaciones y de su conciencia, se apodera tan completamente de sus secretos que juega sin riesgo con ellos y se interesa sólo por el mecanismo de sus recíprocas reacciones. Sternheim destierra de sus obras cuanto pudiera deleitar, conmover o interesar a lectores u oyentes menos perspicaces que él. Pone lo esencial. Se limita a indicar los golpes más que descargarlos. En las aventuras que muestra, los episodios se amontonan como desnudos bloques de aristas vivas, y de una brutalidad soberana.

Sternheim, en la rebusca de los «cuerpos simples» de la psicología coincide con Franz Werfel. Pero es el antípoda de Werfel en lo tocante al uso de sus percepciones. Es un químico que lo ha reducido todo a fórmulas y que dosifica sus reactivos con precisión. Me atrevería a decir que la mayor desgracia de Carl Sternheim es desconocer lo imprevisto.

Es imposible enunciar aquí los títulos de todas sus obras dramáticas. Es imposible establecer entre ellas una jerarquía repartiéndolas por los peldaños de una escala arbitraria. Los triunfos que han conseguido no pueden servir de criterio, porque una decena de ellas han dado la vuelta a los países de lengua alemana, y a Escandinavia, Holanda, Suiza y Rusia—la mitad de Europa—, sin valer tanto como otras mucho menos representadas.

Por eso sólo citaré tres: el *Snob*, *Die Kasette*, y *1913*, como las más perfectas y las más indiscutibles de un catálogo ya importante. No contaré los asuntos ni las juzgaré. Una obra dramática de Sternheim no es para contada, como no lo es una operación matemática. Hay que leerla o seguirla en toda su amplitud, pero no se resume. Aborrezco demasiado las afirmaciones gratuitas para criticar o analizar una obra de la que ninguno de mis lectores conoce siquiera la trama. Me limito a señalar el *Snob*, *Die Kasette* y *1913* para cuando el director de un teatro español se atreva a poner un drama de este autor extraordinario, de quien el público de la Península no sabe nada, creo yo, o muy poco.

Por mi parte, la impresión más fuerte que he recibido con el teatro de Sternheim se la debo a *Die Marquise von Arcis*, obra adaptada de Diderot. Me impresionó como demostración técnica y como disposición escénica. Todas las cualidades de Sternheim y su terrible ingenio aparecen. La obra de Diderot pierde su falso clasicismo y sus fioriture literarias: queda la médula, el rígido

marco brutal, de ángulos duros, el mecanismo. Este mecanismo gira con regularidad implacable: allí está todo Diderot, pero también todo Sternheim. La vana orquestación del francés, que al querer dilatar la obra, languidece, ha desaparecido, y la aguda inteligencia del alemán mete su sonda, profundiza los contornos del dibujo.

Además, uno de los conspicuos directores de escena de la Alemania moderna, Gustav Hartung, puso la obra con la audacia y la sencillez que presiden en las concepciones nuevas del teatro, y para los habituados a los trajes polvorientos y grises, y a los muebles rosa pálido de nuestros escenarios de comedia, fué aquello una fascinación. ¡Ah! ¡Lo que hace la calidad del color en el teatro! ¡Y de qué modo puede asociarse al dramaturgo un buen director de escena! La decoración y los trajes denotaban o más bien acompañaban la cerebralidad casi enfermiza de Sternheim, la acción intensa, la ironía discreta pero formidable y las conclusiones cínicas. Sobre grandes cortinas de colores vivos, anaranjado aquí, violeta allá, se destacaba la acción crudamente; como grandes marionetas, los actores llevaban trajes vistosos, pelucas inmensas, rojas o verdes, el atuendo de un siglo XVIII expresionista, donde las modas tradicionales se exaltasen a tonos violentos. No había más que color, puesto que la decoración faltaba; pero apuesto a que un espectador extranjero, incapaz de comprender una sola palabra del diálogo, hubiera podido seguir y saborear, si no los matices, al menos el sentido de todo el drama.

Nada más agregaré. Tan sólo diré que Carl Sternheim ha rebasado las fronteras de su país y enriquecido, en la novela y en el drama, el patrimonio europeo.

PAUL COLIN





## LETRAS INGLESAS



UPONGO que los lectores de LA PLUMA no esperarán de mí que en estos artículos enumere los triunfos o los fracasos de aquellos autores ingleses que miran su arte como un negocio y cuya aspiración principal es dar a su público lo que su público reclama. Para saber lo que hacen estas medianías opulentas no hay más que recurrir a los periódicos diarios de gran circulación. Tales gentes prosperan por la publicidad, y en Inglaterra, a la hora presente, ellas se bastan para anunciarse sin restricción, porque disponen de las columnas dedicadas a las revistas de libros en casi todos los periódicos influyentes. En lugar de referirme aquí a esos escritores, tomaré a mi cargo el recomendar a los españoles aficionados a literatura la obra de aquellos hombres que—a menudo en el destierro o la pobreza—abren los caminos al arte del porvenir y se hacen acreedores al reconocimiento y memoria de la posteridad.

Llama la atención que muchas de las más eminentes figuras en la historia literaria inglesa se hayan visto combatidas o escarnecidas por los respetables críticos académicos de su tiempo, o las hayan dejado subsistir completamente desdeñadas y en la oscuridad hasta años después de su muerte. Piénsese a este propósito en el trato que hace un siglo halló Keats en la *Quarterly Review*; en la expulsión de Shelley de la Universidad de Oxford; y en el fracaso de sus contemporáneos para apreciar al poeta-pintor William Blake.

En nuestros días, la atmósfera crítica de Londres ofrece muchos puntos de semejanza con lo que era hace un siglo; y en poco se diferencian las recientes diatribas de nuestros acicalados poetastros en *The Nation* y en *The London*

*Mercury* contra la obra de Mr. D. H. Lawrence de las de sus predecesores, a principios del siglo XIX, contra los adalides que, desconocidos por todos, laboraban por ilustrar aquella época. Unos y otros despliegan en sus escritos el mismo odio instintivo que la mediocridad siente inevitablemente por el genio.

Acaso pueda aplicarse a D. H. Lawrence el vocablo genio con más seguridad que a ningún otro autor inglés vivo. Es hombre de unos treinta y seis años, hijo de un minero de carbón de Nottinghamshire, y comenzó su vida como maestro en una escuela elemental, pero no tardó en descubrir que el empleo no se avenía con su carácter y lo abandonó por la literatura. Desde el principio de su vida de escritor ha seguido una senda propia; su arte le absorbe, mas no en razón del «arte por el arte», sino porque el arte es expresión y su deseo apasionado es expresar. Como a todos los místicos, incluso Blake, que han empleado por vehículo la palabra, puede objetarse a Lawrence sus raptos de oscuridad. Es como un explorador, que va descubriendo un continente desconocido, y a su vuelta halla difícil describir sus hallazgos por modo tal que todos los entiendan. Su audacia para la investigación psicológica, y su implacable seguimiento de los instintos humanos hasta sus ocultos manantiales, le convierten, como es natural, en un escritor peligroso para los jóvenes y para cuantos no han pensado nunca por cuenta propia. Y así como únicamente un nadador robusto puede gustar la delicia de bañarse en mares alborotados, tan sólo quien posea preparación mental adecuada puede embarcarse en el estudio de las novelas y de la poesía de Lawrence. Es figura solitaria, original, animosa, ligeramente siniestra; el escritor inglés más significativo de nuestra edad.

Los últimos doce meses serán memorables por la publicación de dos novelas importantes de Lawrence: *The Lost Girl* y *Women in Love*. La primera es una producción relativamente ligera, que casi se ajusta al canon de la novela popular; la última será acaso considerada, dentro de cincuenta años, como el libro más importante que esta generación ha producido en inglés. El libro es, como podía esperarse de su autor, peligroso, conturbador, curioso, brillante, un tanto siniestro. Y como era también de prever, su aparición ha desatado una tempestad de protestas en la «buena prensa» de Londres. Un órgano popular de nuestro *cant* nacional ha llegado a pedir que la policía decomisara el libro, igual que hace cinco años decomisó otra novela de Lawrence, *The Rainbow*. ¡Así se ve perseguido todavía el pensamiento en un país que acaba de salir de una guerra devastadora por la libertad humana!

Lawrence ha vivido en Italia estos últimos doce meses, en Taormina. Algu-

## LA PLUMA

nas de sus novelas, incluyendo *Sons and Lovers*, *The Rainbow*, y *Women in Love*, creo que están traduciéndose al alemán y pronto serán accesibles a los españoles que lean ese idioma. Tales libros están de seguro entre los pocos publicados recientemente en Inglaterra que tengan interés e importancia universales.

Otra noticia que también tiene interés para los lectores extranjeros es que James Joyce—escritor irlandés de talento y originalidad considerables, cuya primera novela: *Portrait of the Artist as a young man*, apareció hace un par de años y fué aclamada por todos, excepto por la crítica académica—está a punto de publicar su nuevo libro *Ulysses*. El libro, en edición limitada, aparecerá en París, donde Joyce vive ahora. La mayor parte de *Ulysses* se ha publicado en un periódico americano llamado *The Little Review* y los editores de este papel padecieron, con tal motivo, una persecución prolongada. No se ha encontrado en Londres editor para el libro. Así ocurre que un libro esperado con ansia por la fracción más inteligente del mundo literario inglés, tiene que imprimirse y publicarse en el extranjero. La técnica de Joyce es en muchos modos tan alarmante para un espíritu académico como la de Picasso o Archipenko, pero el vigor y la originalidad de sus percepciones están fuera de discusión.

Una aportación interesante al escasísimo caudal de la crítica literaria inglesa independiente, sincera, libre de influencias sociales o comerciales, es el reciente volumen de Ford Madox Hueffer: *Thus to Revisit* (Chapman and Hall). Hueffer fué el fundador y primer editor de *The English Review*. Poeta y novelista de acabada y brillante técnica, Hueffer ha consagrado su vida al servicio de las letras inglesas sin propósito de medro personal o de triunfo económico. En este su último libro escribe con generosidad y simpática comprensión acerca de aquellos poetas ingleses modernos, en particular de los «imagists», que no han cortejado esa fácil popularidad que otros escritores, como J. C. Squire, W. J. Turner, Edward Shanks, John Drinkwater y algunos más, han obtenido con sus fáciles y mediocres ejercicios métricos.

Antes de terminar mencionaré los nombres de Wyndham Lewis, T. S. Eliot, Osbert Sitwell, John Cournos, Walter de la Mare, John Goned Fletcher, y Romer Wilson, quienes, con uno o dos más, producen obras que se distinguen por su sinceridad y honradez de propósitos. En mi próximo artículo espero poder dar una descripción detallada de la índole de sus actividades y de sus designios.

DOUGLAS GOLDRING



## LIBROS Y REVISTAS

**Pedro Prado.**—*Alsino*.—Viñetas del autor. Casa editorial «Minerva». Santiago de Chile, MCMXX.

Tema constante de conferencias y artículos hispanoamericanos es el desconocimiento mutuo en que vivimos americanos y españoles. Pero aún no hemos conseguido la imprescindible correspondencia entre los libreros de aquende y allende el Atlántico, primer paso para lograr la tan deseada convivencia espiritual. Y así sucede que el nombre de Pedro Prado, incluso a quienes nos es familiar por las revistas de Sud-América, se nos revela como una aparición con este *Alsino*, que le hace acreedor en nuestra literatura al lugar señalado ya en la república de las letras chilenas por los siete volúmenes de poesía, novela y ensayos publicados desde 1908.

*Alsino* es la historia maravillosa de un niño andino, nieto de una curandera tenida por bruja, que, arrebatado del deseo de volar, se queda curcuncho por fea joroba de la primera caída. Mas, ¡oh prodigio!, la corcova vásele transformando en dos alas de pájaro con que un día hiende al fin los aires. Obligado a vivir de la rapiña en competencia con zorros, gavilanes y ladronzuelos, los hombres le cazan, le alicortan, le someten a su bárbara incredulidad primero, a cruel explotación después. *Alsino*, que un día conoció el placer, violando ebrio de luz a una desnuda ninfa sorprendida desde lo alto según se bañaba en el río, sabe después lo que es amor, trágico sentimiento con que desgarrar el aire al ver muerta a la dulce Abigail, la hija del amo de la hacienda donde fué cazado. Huye a los montes solitarios, y enamorada de él la hija de un viejo leonero, viértele en los ojos terrible ponzoña que una curandera, celosa de las artes médicas del nieto de la bruja, le suministra cual amoroso filtro. *Alsino*, recogida su voluntad de ascensión, comprende las voces todas de la Naturaleza, y caído en su vuelo ciego al fondo de un barranco, las aves le cantan y ayudan, el agua de los arroyos lava sus heridas, las alimañas le protegen. *Alsino*, al cabo, vuela hacia la luz, y abrasado en ella, cae convertido en cenizas dispersas por las brisas del amanecer, fundidas para siempre en el aire invisible y vagabundo.

Tal la trama de este libro, en que el cuento de hadas, la novela de aventuras, el poema alegórico, componen, sobre un fondo realista que le presta verosimilitud y evidencia, una ficción sugestiva y modernísima, donde el mito clásico, adecuado a nuestra sensibilidad, cobra las proporciones humanas con que la agudeza psicológica del autor temple su fantasía y capta la atención del lector, interesándole y emocionándole.

Escrito en una prosa exuberante, cadenciosa hasta desbordarse como por modo natural en amplios versos—excesivos a veces, pero oportunos en algún capítulo lírico—, los modismos locales del diálogo, e incluso ciertas violencias sintáxicas o impropiedades de expresión, si chocan al pronto, suscitan luego un interés mayor, precisamente porque caracterizan más, añadiéndole valor de representación, un libro como *Alsino*, historia de un héroe que del terruño patrio se eleva al puro espacio universal, en que todo se funde y aniquila.

Ornan el tomo graciosos dibujos del propio poeta, que realzan la cuidada edición del texto y animan su grata lectura.

\* \* \*

**Luis y Agustín Millares Cubas.**—*Doña Juana*.—Cuentos viejos. Las Palmas. Tipografía del «Diario», 1921.

Los hermanos Millares ocupan en la moderna literatura española un lugar singularísimo. De una parte, el aislamiento en que gustosos viven retirados en su tierra canaria, rodeados, eso sí, de un grupo, siempre alerta, de jóvenes entusiastas, y su modestia, no exenta de plácido desengaño, que les mantiene alejados de los corros, redacciones y saloncillos de los teatros cortesanos, donde se fraguan las reputaciones de un día, prestan a su actividad literaria el atractivo de una *afición*, inmaculada de toda escoria profesional. De otra parte, empero, el fervor con que, de tantos años ya, dedican sus horas mejores a escribir novelas, cuentos y dramas, hasta conseguir ese tipo tan original y sobrio de *teatro para leer o cuento escénico*, de que es preciosa muestra el *Compañerito*, representado por el *Teatro de la Escuela Nueva*, les confiere la maestría nunca lograda por el *dilettante*, desinteresado pero frívolo por lo general.

*Doña Juana* es una novela interesantísima. Escrita en un estilo suelto, claro, limpio, sencillo, el lector se olvida desde las primeras páginas de que está leyendo, y le parece oír de labios del autor la relación de una historia verdadera: Tan sugestiva, tan humana, tan bien encuadrada en el escenario isleño, caro a los hermanos Millares, es ésta de la matrona poseída de un amor juvenil, y castigada por la fatalidad con la vejez ineludible. Doña Juana se mata con voluntad de sacrificio; pero, en realidad, más por salvarse, con magnífico egoísmo, de la compasión de su amante que por librarle a él de su presencia triste, después de la enfermedad que derrocó la inverosímil torre de marfil en que su espíritu mozo se defendía del tiempo implacable.

Completan el volumen otros cuentos breves, apuntes de tipos y paisajes canarios, noticias pintorescas, como la de los primeros «Cómicos en las Palmas», sumamente curiosas. Destacan entre ellos, para nuestro gusto, *El des-*

*riscado*, rápida impresión de un inglés excursionista recogido por los indígenas en un barranco, que muere pronunciando vagas palabras que ellos no entienden, y *Lo invisible*, historia de un hombre muerto de miedo, donde se advierte aún la influencia, ya lejana, de Maeterlinck sobre los autores de *La herencia de Arous*.

\* \* \*

**Francis Jammes.**—*Rosario al sol.*—Traducción del francés por Magda Donato.—Colección Contemporánea. Calpe.

Como dice muy justamente Enrique Díez-Canedo en el breve prólogo a *Rosario al sol*, Francis Jammes tiene en Francia un puesto entre los maestros seguidos por la juventud, con los Péguy, los Claudel, los Maurras y los Gide. Mucho se ha hablado, sobre todo después de la guerra, y las más veces sin venir a qué, del renacimiento del espíritu religioso en Francia. La obra poética de Francis Jammes, y especialmente esta novela, editada ahora en español por la Editorial Calpe, justifican el mismo comentario manido. Los nombres susodichos aparecen, en efecto, unidos a nuestra consideración por la misma voluntad de restaurar un *estado* religioso, francamente antirrevolucionario. El *orden* clásico francés en la política, en las artes, en la vida social, requieren la vuelta al catolicismo, ya como mera disciplina lógica sin el menor arraigo en la propia fe—Maurras—bien como doctrina estética—Claudel—. El misticismo de Péguy halla las raíces de una conciencia católica, pegando el oído y el corazón al suelo natal. Gide, protestante, devuelve a la conciencia francesa la contribución del hugonote. Francis Jammes quiere ser simple. Se convierte por entero a la fe cristiana y no la encuentra, no, aureolada de artístico prestigio en las catedrales góticas o en la Biblia, mas en la fe del carbonero que cree en la Virgen de Lourdes y en las estampitas piadosas.

En *Rosario al sol*, siguiendo el plan de los quince misterios de la oración en honor de la Virgen, inventa la inocente historia de una señorita de Marsella que, poseída de la gracia de Dios, socorre al desvalido, ayudada por un benedictino sabio, bueno y prudente y un almirante devoto, renuncia al amor de un joven marino y acaba metiéndose monja de la Caridad una vez vencido el demonio tentador en figura de concejal y de maestro laico, de los que enseñan «los derechos del hombre» en vez del catecismo. Melodrama ejemplar, en fin, cuya ñoñez a lo padre Coloma en *El primer baile*, *Pilatillo* o *Por un piojo* apenas si se disimula bajo las sencillas galas poéticas con que el autor de las *Geórgicas cristianas* traduce y ennoblece el estilo de los libros de devoción: El episodio de la negra Zezé trasciende al mejor Chateaubriand y revela en Francis Jammes la misma inspiración de sus primeras visiones coloniales. La historia del niño Pedrito y la hija del zapatero, en cambio, más que a *los mártires del cristianismo* nos recuerda la infantil *Fabiola* o *la lámpara del santuario*, y con ella nuestros peores días de reclusión colegial con los benditos frailes.

Magda Donato ha traducido *Rosario al sol* con la misma graciosa sencillez con que escribe sus cuentos para niños, lo que le presta en español la ingenuidad tosca y alambicada a la par, que pretende el poeta francés. Si de algo peca la traducción en algún pasaje es de exceso de fidelidad.

\* \* \*

## LA PLUMA

**Alfonso Maseras.**—*A la deriva.*—MCMXXI. A Cau Verdaguer, Llibreter. Barcelona.

Alegoría de la juventud. Marçal Montllor, mozo catalán, enamorado de una doncella de trenzas de oro, sale a correr el mundo. Olvidado de su primer amor, en brazos de la exótica Hatty, conoce el placer; después, asistido por el Mentor, va entreviendo poco a poco la verdad. Y al volver a la tierra nativa, le parece hallarla en la Dilecta, la mujer cabal, la esposa.

Los sucesos no aparecen encadenados en un relato menudo. El lector descubre la trama novelesca a través de las ilustraciones filosóficas del protagonista, todas ellas fáciles y asequibles, exaltadas por un lirismo animador.

Corre a través del libro cierta inspiración dantesca, que le presta sabor tradicional dentro de la literatura catalana, y aun catalanista. Las mejores páginas son, sin duda, las que, en la primera parte, describen algunos aspectos pintorescos del ruralismo catalán, en que el poeta simboliza el sentimiento patrio.

\* \* \*

**Manuel R. Alvarez Puente.**—*El naviero Más o La novela de la materia.*  
I. *Los signos.*—Portada y ex libris de Gregorio Vicente, ilustraciones de Amando Suárez Couto.—Madrid, librería y editorial Rivadeneyra, 1921.

El *Más* es la Vida; el *Menos*, la Muerte; ambos se reducen al *Igual*: el Silencio. Tales son los signos a que ajustan su danza arrebatada las humanas sombras que pueblan de fantasmas trágico-bufos el mundo cabalístico de la materia y el espíritu.

¡Cuántas veces no se ha dicho que la novela era el poema épico de estos tiempos! Ahora bien, *estos tiempos* empiezan ya a ser *aquéllos*. Y al novelista *natural*, simple relator de sucesos exteriores, al novelista psicólogo, explicador por lo menudo de los *casos* descubiertos por su agudo análisis de la condición humana, sucede el novelista lírico, el intérprete sentimental, paradójico, humorista, arbitrario, del espectáculo, las más veces caótico, de todos los días.

*Los signos*, primera parte del tríptico *El naviero Más o La novela de la materia*, no es una alegoría. Le faltan para ello esos términos, convenidos de antemano entre el poeta y el lector, que la hacen comprensible y clara. Le sobran complicación, dinamismo, sinceridad desentendida de moraleja. El primer capítulo, las primeras páginas sobre todo, denotan en el autor la modernísima intención de ennoblecer un interés folletinesco, adornándolo con excelente humorismo; después parece como si, abandonándose a la inspiración del momento, se dejara el poeta arrebatado en alas de la verbosidad simbolista, que oscurece en fantástico delirio el ambiente real de la novela, bañándolo en vaga niebla, por entre cuyos girones van reapareciendo en gestos imprecisos los héroes apasionados, objeto de las propias disquisiciones a que deben el ser. Al final, en una escena alucinante y fuerte, se recobra el hilo sutil por donde el novelista ha de sacar en los dos tomos sucesivos el hilo de esta historia.

No denota Manuel Alvarez Puente la sencilla maestría del escritor cabal, cierto. Mas tampoco la fácil rutina del aprendiz aplicadillo. Su estilo tortura-

do, trabajado, no por el afán de la línea bella y el sonoro acierto, sino por el esfuerzo de expresar precisamente recónditos matices e insospechadas relaciones de ideas y sentimientos, revela la conciencia del artista, tenaz en un empeño puro.

\* \* \*

**Erckmann-Chatrrian.**—*Historia de un quinto de 1813*. Calpe, Colección Universal: René Benjamín.—*Gaspar*. Los Humoristas, Calpe. Traducidas por Manuel Azaña.

«... cada cual debe contar lo que ha visto por sí mismo; de ese modo el mundo conocerá la verdad.» Así dice José, el quinto de 1813, inventado por Erckmann-Chatrrian. Entre él y su compatriota Gaspar, cuya verídica historia salió a luz en 1915, en plena invasión alemana, hay indudable fraternidad espiritual, que la publicación en español, casi simultánea, de una y otra novela, como queriendo poner de relieve esa semejanza a través del tiempo, brinda a nuestra consideración.

El héroe de Erckmann-Chatrrian no cuenta lo que ha visto, sino lo que sus creadores han querido que viera. «Si las personas prudentes me dicen que he hecho bien escribiendo mi campaña de 1813, y que eso puede ilustrar a la juventud sobre la vanidad de la gloria militar y mostrarle que la verdadera dicha sólo se encuentra en la paz, la libertad y el trabajo, entonces reanudaré el hilo de los sucesos y os contaré Waterlloo.» Tal es su moraleja. En pleno segundo Imperio, las novelas sentimentales de Erckmann-Chatrrian, hartó inocentes sin duda para nosotros, hartó iliterarias y cortadas por un mismo patrón melodramático, reflejaban sin embargo una conciencia nacional más apegada a la buena vida burguesa que a las arrebatadas aventuras imperialistas. Más fuertes, más animados de pasión humana, los *Episodios* de Galdós están inspirados en la misma cándida emoción.

*Gaspar* inauguró la después dilatada serie de las novelas *vividas* de la última guerra, esa serie que en Francia tuvo su apogeo con *El fuego*, de Barlusse, que literariamente culmina tal vez en la *Vida de los Mártires*, de Duhamel, y de que son preciosa muestra el *Clavel*, de Werth, o *Les croix de bois*, de Dorgelés.

*Gaspar* pertenece a la quinta del *corazón ligero*, y tampoco cuenta todo lo que ha visto, o lo disimula con su gracia de *parigot*. Tierno, sentimental, dicharachero, su historia apenas si tiene traducción posible. Lo mejor de ella es el desenfado popular con que el novelista nos la refiere.

Manuel Azaña ha dado a las dos traducciones la conveniente versión castellana: simple e ingenua la de Erckmann-Chatrrian; animadísima la de René Benjamín, cuyo estilo pintoresco, los diálogos sobre todo, exige un tino y discreción raros para aunar la fidelidad de la traducción con la correspondencia de giros y matices de un *argot* peculiarísimo.

\* \* \*

## LA PLUMA

**Magallanes Moure.**—*Florilegio.*—Selección del autor. Prólogo de Pedro Prado. El Convivio. San José de Costa Rica, 1921.

Magallanes Moure goza en América, no ya sólo en Chile, su patria, fama bien ganada de poeta sincero. Bien ganada, porque sus versos traslucen la calma, la serenidad, el apartamiento de toda alharaca con que el prologuista de su *Florilegio* le retrata, entregado a la contemplación de la naturaleza, sumido en ella para copiarla en el lienzo—Magallanes Moure es pintor—y ofrecernos la poesía limpia de que es delicada muestra esta selección de su obra.

Adviértese clara en los versos de Magallanes Moure la tendencia a limitar los modos de expresión poética dentro de los términos fijados antes de la revolución literaria triunfadora con Rubén Darío. La regularidad métrica y acentual obedece más a las normas de los últimos románticos que a las de los primeros *modernistas*. Los *motivos* de su inspiración, sobre todo en los temas esencialmente líricos, le sitúan un tanto a la zaga de nuestra manera de sentir. Pero al cantar la esplendidez del paisaje nativo en que le complace extender la mirada y recoger el ánimo, los versos de Magallanes Moure logran la emoción comunicativa que por encima de los modos retóricos constituye el género poético en que todos se resumen, la poesía por excelencia.

\* \* \*

**Armando Zegrí.**—*Minerva la de glaucos ojos.*—Santiago de Chile, MCMXXI.

Una pequeña colección de «Historias breves y románticas», semblanzas, «Emociones y panoramas», escogida sin duda de su labor periodística, componen este tomito efusivo, hiperbólico, juvenil. Semejante literatura adolece tal vez del exceso de tópicos *fin de siglo*. El Arte, la Bohemia, Gómez Carrillo, Rachilde, un Valle-Inclán no más que pintoresco, confundido con Carrere, Hoyos y Vinent y Zamacois... Bastan, con todo, para acreditar el temperamento de escritor de Armando Zegrí páginas como las dedicadas a Amado Nervo en el primer aniversario de su muerte, evocando el fúnebre cortejo naval que siguió al cadáver del poeta desde Montevideo a Veracruz y el aparato militar con que fué escoltado hasta recibir sepultura en Méjico; y algunas páginas sencillas, como las «Vistas de un viaje al Sur de Chile» o la rápida «Visión del lago Llanquihue.

\* \* \*

**Alberto Guillén.**—*El libro de las parábolas.*—Editorial Nosotros.—*Deucalión.*  
—Prólogo de Ventura García Calderón. Segunda edición, 1921.

Este joven escritor peruano, a quien un reciente libro de los llamados de «escándalo» ha dado cierta notoriedad en los corrillos literarios de Madrid, publica ahora una colección de agudas parábolas o reflexiones satíricas, impregnadas del lirismo ático que los ingleses llaman *humor*, característico de un género cultivado por los fabulistas y poetas-filósofos de todos los tiempos. Algún botón de muestra servirá mejor que nuestras consideraciones para inducir a la

lectura de fina poesía contenida en el pequeño volumen de Alberto Guillén, sutil y delicado, bajo la máscara cínica que le place ostentar:

«LA VERÓNICA

»Ella guardó el pañuelo con la imagen como otros tantos recuerdos de amor.

»EL SEGUNDÓN.

»—¡Este es el primero!—decían las criadas mostrando al segundón con quien se holgaban.

»LAS OVEJAS

»—¿Qué hacéis?—les preguntó una voz alzada en el camino del matadero.

»—¡Nos sacrificamos por un ideal!—respondieron las ovejas.

»EL OLVIDO.

»—¿Pero por qué no la olvidas?

»—Es que aún no he aprendido a saltar más allá de mi sombra—dijo el amante.

»LOS NIÑOS.

»—¿Por qué rezan ustedes?

»—Es que aún somos muy pequeños—dijeron los niños temblorosos.»

Esa condición lírica de sus parábolas cónicas, de sus críticas humoristas, se afirma por modo excelente en *Deucalión*, colección de breves poemas, o por mejor decir, poema dividido en breves cantos de catorce versos, que sin ajustarse al cánón del soneto son como la reducción de su sonoridad y pompa a límites más estrictos, en que la música apenas si hace otra cosa que anotar con precisión silábica el ritmo del pensamiento, sin calderones ni crescendos. Poema de un narcisismo juvenil en que el poeta se defiende con ingenuos alardes de la mediocridad que por doquier nos acecha. Una «Apología» en alejandrinos abre el libro y explica su inspiración:

«Moraleja: el poeta echa sus versos al viento,  
arroja las estrellas, abre su pensamiento  
para la siega de oro de los siglos. Sus rastros  
bajo de sus sandalias florecen oro y astros.»

\* \* \*

**Manuel Díaz Rodríguez.**—*Peregrina o El pozo encantado.*—Novela de rústicos del valle de Caracas. Biblioteca Nueva, Madrid.

No hay tal encantamiento, ni la trágica historia de *Peregrina* está tejida con el hilo sutil de los cuentos de hadas; pero su trama descubre las pasiones bravas, la superstición, el amor, el odio, que con la misma fuerza natural de las tormentas del Avila arrastrase a los personajes de la novela. Novela verista, detallada con el documento pintoresco en el ambiente rudo de Venezuela, suscita en el ánimo del lector esa emoción sostenida por la curiosidad de un medio exótico, peculiar de las mejores italianas en el género regional y dialectal.

Y aun se advierten y saborean más directamente en los tres cuentos so-

## LA PLUMA

brios, valientes, inspirados en la terrible realidad del campo venezolano, que cierran el volumen, las cualidades de novelista de Díaz-Rodríguez, escritor cuyo seguro dominio de la prosa castellana le permite adaptar con sentido moderno el amplio y rotundo período tradicional a las exigencias de un relato siempre vivo, coloreado, dramático.

\* \* \*

**Fernando Gil Mariscal** — *Girones*.—Madrid, imprenta de Juan Pueyo, 1921.

Girones estilizados del espíritu nacional. Cuentos, apólogos, tipos y paisajes, escenas picarescas, reflexiones de un liberal contemplativo sobre la realidad española. Los mismos ejemplos vivos que inspiraron, salvando los tiempos, las agudas lecciones morales del infante D. Juan Manuel o de D. José Cadalso. El anatema de Costa, templado por la gracia de Fígaro. Buen humor, impersonal como el estilo con que el fiel editor de los papeles del coime de la señora Natalia da entonación y empaque tradicionales a esta amena literatura de ver y oír.

\* \* \*

**Antón P. Chejov**.—*El jardín de los cerezos*.—Traducido del ruso por Saturnino Ximénez.—Colección Contemporánea, Calpe, 1920.

Después de los más grandes nombres rusos, después de Tolstoi y Dostoiewsky, al lado del de Andreiff, las novelas cortas, los cuentos de Chejov invadían ya la Europa occidental cuando el éxito de algunos de sus dramas, como *Tres hermanas* o *El jardín de los cerezos*, en Inglaterra y en Francia, empieza a conquistar para su gloria el favor del público de los teatros. La versión castellana de *El jardín de los cerezos* no es la que de ordinario suele representarse, reducida de la novela original, escrita en diálogo y que ahora se nos ofrece a los lectores españoles traducida con una fidelidad que, lejos de evitarnos, aumenta la confusión sentimental, los inexplicables vacíos, la ironía desconcertante, que la hacen irrepresentable sin refundiciones y retoques, pero que contribuyen en mucha parte a aumentar el efecto patético de sus escenas.

Una colección de rápidos apuntes e historias brevísimas completan el volumen, característico de la manera sarcástica, despiadada, cruda en que resuelve artísticamente su visión de la vida a través del alma rusa uno de los escritores prerrevolucionarios más sugestivos, atrayentes, e inspirados en el santo fuego de la pasión atormentada con que nos hechiza el misterioso espíritu eslavo.

\* \* \*

**José Fabio Garnier**.—*A la sombra del amor*.—San José de Costa Rica, 1921.

Al localismo, al regionalismo, al nacionalismo literarios, degenerados en el costumbrismo de exportación en los países poseedores todavía de *primera materia pintoresca* corresponde en dirección contraria la literatura cosmopolita o

de importación, por lo que se adapta y da carta de naturaleza a modalidades antes exóticas para el público a quien se dedican.

José Fabio Garnier, en ese sentido, cumple en Costa Rica con su drama *A la sombra del amor* la misma misión histórica que nuestro Benavente, por ejemplo—salvadas todas las distancias—, al traducir en sus primeras obras de teatro el espíritu europeo culminante en los nombres de Ibsen, Tolstoi, Hauptmann o D'Annunzio reducidos al fácil denominador común del *Bulevar*.

Historia trágica de una pasión culpable, cuya más pura expresión dramática se remonta a Sófocles y Eurípides, el autor de *A la sombra del amor* ha preferido situarla en el ambiente frívolo de un hogar burgués de cualquier parte, quizá por lograr más eficazmente la comunicación con su público, que el dramaturgo se ha de proponer siempre de una manera más inmediata que el novelista.

\* \* \*

**Arturo Schnitzler.**—*Anatol* y *A la cacatúa verde*.—Traducción del alemán por Trudy Graa y Luis Araquistain.—Colección Contemporánea. Calpe.

La boga de Schnitzler en los teatros de Austria y de Alemania data de más de veinte años. Muchos hace ya también que Antoine representó con gran éxito en París *A la cacatúa verde*, ahora traducida por primera vez al español. Después de la guerra la fama del autor de *Anatol* ha reverdecido al amparo, en mucha parte, de la prohibición de una de sus últimas obras por el Gobierno de Viena.

Viénés de nacimiento y de condición, en lo mejor de su obra se manifiesta el anarquismo intelectual de la literatura nórdica, teñida de la fácil ironía porque se hace asequible a los lectores y espectadores latinos. La gracia francesa le cautiva y le atrae.

*Anatol* es el retrato en siete diálogos o escenas breves de un don Juan frívolo y sentimental frente a siete mujeres, sus amantes de un día, de un año, de un momento. Max, amigo y confidente de Anatol, le hace el juego escénico, y a manera del payaso que descubre con las trampas sucesivas el falso prestigio del ilusionista de circo, subraya ante el público la moraleja que el autor se propone.

Con intención más honda, no obstante su ligereza, más construido, pese a su aparente disgregación, el *Anatol* de Schnitzler tiene mucho parecido con los mejores diálogos de Jacinto Benavente: *Despedida cruel*, *Sin querer*, están inspirados en la misma ironía.

*A la cacatúa verde* es un episodio pintoresco del 14 de julio de 1789, de gran efecto dramático. A la taberna de Próspero, antiguo patrón de una compañía cómica, acuden los nobles de París, ávidos de sensaciones fuertes, que los actores de Próspero fingen diariamente relatando fantásticos robos y crímenes truculentos. Aquella noche el pueblo toma la Bastilla, la revolución triunfa, y el primer actor de *A la cacatúa verde*, que así se llama la taberna, según está contando cómo ha matado a un duque con quien su mujer le engañaba, aprende que su deshonor es cierta. Entra el duque y le mata. El pueblo y una marquesa histérica gritan: «¡Viva la libertad!»

## LA PLUMA

La verdad y la mentira, la ficción teatral y el disimulo ladino componen este melodrama artístico de un gran guiñol para niños, soldados sin graduación y... poetas.

La traducción, animadísima y fiel en todo momento, de Luis Araquistain y su esposa, hace grata su lectura, que el público saboreará directamente a falta de cómicos y empresarios con curiosidad e interés, no ya artístico, mercantil incluso.

C. R. C.

\* \* \*

**Libros recibidos.**—Guillermo Jiménez: *Constanza*, Caro Raggio, Madrid. Manuel Ugarte: *Poesías completas*, Mauci, Barcelona.—José María Delgado: *Teatro de ensueño. La Princesa Perla Clara*, editorial Pegaso, Montevideo, 1921.—Fernando Gil Mariscal: *Rie*, Madrid, 1918.—*En Villabravía*, novela, Sáenz Calleja, Madrid.—Manuel Acosta: *Soltera...*, novela Uruguaya, Editorial Pueyo, Madrid, 1921.—Félix Urabayen: *La última cigüeña*, Calpe, Madrid, 1921.—Han Ryner: *Les artisans de l'avenir*, Ed. de *Ça Ira*, Eeckeren-Anvers, 1921.—*Opere complete di Giovanni Verga: I Vinti. I Malavoglia. Eva. Il marito di Elena*, tres volúmenes, Bemporad, Firenze, 1921.—R. Erdös: *Il fiore della morte* (Col. I migliori novellieri del mondo), Urbis, Roma.—Unamuno: *Perché esser così?* (idem ídem), Urbis, Roma.—Tomás Hardy, *La bien amada*.—Scipion Sighele: *Eva moderna*.—Emilio Clermont: *Laura*, Calpe, Colección Contemporánea, Madrid.

\* \* \*

**Revistas.**—*Mercure de France*, París.—*Le Progrés Civique*, París.—*La Connaissance*, París.—*La Revue de l'Époque*, París.—*Vida Nuestra*, Buenos Aires.—*Athenaeum*, Zaragoza.—*Repertorio Americano*, San José de Costa Rica.—*Le Crapouillot*, París.—*Belles Lettres*, París.—*Cultura Venezolana*, Caracas.—*Die Aktion*, Berlín.—*Pegaso*, Montevideo.—*Cuba Contemporánea*, La Habana.—*Babel*, Buenos Aires.—*Poesía ed Arte*, Ferrara.—*España y América*, Cádiz.—*Hermes*, Bilbao.—*L' Art Libre*, Bruselas.—*Ça Ira*, Amberes.—*La Ronda*, Roma.—*La Nouvelle Revue française*, París.

